héroes del ESPACIO

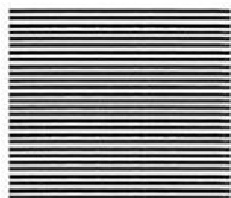
NOVELAS ECSA

S.O.S. GALAXIA

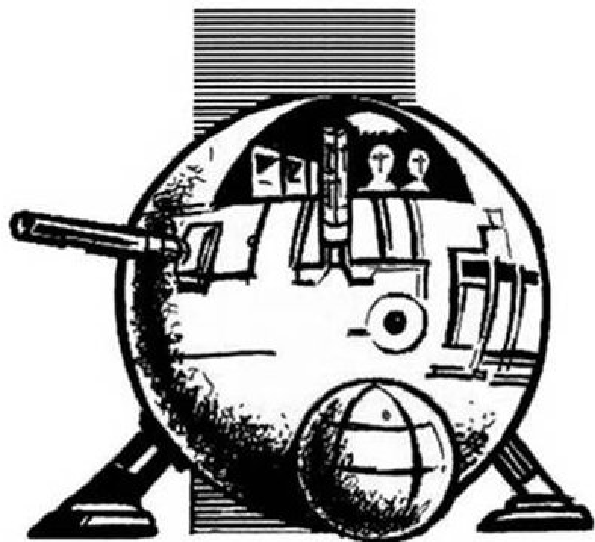
ERIC SORENSSEN



SOLO PARA ADULTOS



héroes del
ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

> 49- Filibusteros del espacio. *Rocco Sarta*
> 50- Infierno galáctico. *Eric Sorenssen.*
> 51- El capitán Unicornio. *Trevor Sanders.*
> 52- Misterio en la «N» dimensión. *Clark Carrados.*
> 53- La otra cara del Nirvana. *Rocco Sarto.*

ERIC SORENSSEN

¡S.O.S. GALAXIA!

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 54
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 5.005 - 1981
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: abril, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

—Espero que no estemos demasiado lejos de Tertum...

—¿Es que te aburres, preciosa?

—¿Cómo podría aburrirme estando tú en la nave?

El diálogo no se desarrollaba en el elegante salón de un crucero de lujo, sino en el mucho más austero ambiente de la cabina de mando de la astronave Eurospace 7-341.

Pero no por eso dejaba de ser bellísima la muchacha que ansiaba llegar a Tertum. Y su interlocutor no se cuidaba de ocultar la admiración que tal belleza le provocaba.

Riendo, ella dijo:

—Carlos... Hace tres meses que compartimos el nada excesivo espacio de esta nave, ¿no crees que ya puedes acabar con tus bromas y tus miradas?

El aludido fingió entristecerse.

—Lo que temía, Erika... —dijo, con voz falsamente ronca—. No me amas...

—¡No es tan tonta como para enamorarse de ti! —terció un recién llegado.

Los dos se volvieron a él.

—Capitán —comenzó el frustrado galán—, ¿tiene usted autoridad suficiente para casarnos?

El rubio y alto comandante de la nave se echó a reír y lo mismo hizo la chica.

—¿Nunca te das por vencido, Cid Campeador? —preguntó el jefe, siempre riendo.

—No soy el Cid Campeador, soy Don Quijote de la Mancha —aclaró el interrogado.

—Por lo loco... —rió un hombre moreno y de mediana estatura,

que acababa de unirse al grupo.

—Robert Sherwood —fingió amonestarle el ingenioso hidalgo—, tú, como delegado del Consejo Mundial de nuestro planeta Tierra, no debieras sumarte a las torpes burlas...

—Señor Carlos Torres... —terció el comandante—, ¿se atreve usted a calificar de «torpes burlas» las atinadas observaciones que sobre su lamentable conducta le hace un superior...?

Entre las burlonas miradas de todos, Carlos se aprestaba a responder, cuándo un hombre joven, con el uniforme de sargento de las Fuerzas Espaciales, irrumpió en la sala.

—Perdón, señor —se dirigía al comandante—, hay algo en el panel de video que usted debería ver...

Rene Monsolis, comandante de la Eurospace 7-341, seguido por los otros tres y el sargento, se encaminó con paso ligero hacia la pequeña sala de instrumentos especiales, o «sala de control», como todos la llamaban.

Un gran panel con cuatro diferentes pantallas, todas de gran tamaño, ocupaba la totalidad de una de las paredes de la estancia. Tres jóvenes vigilaban ante ellas. Una serie de puntos brillantes y opacidades tipo Vía Láctea daban vida al neutro azul de las vidriadas superficies.

—Esto, señor —dijo el sargento, señalando con su índice uno de los puntos brillantes en la pantalla que ocupaba la parte superior e izquierda de la habitación.

El comandante observó con mirada atenta lo que se le indicaba.

—Naturalmente, se habrá descartado toda posibilidad de que se trate de nave, asteroide o cualquier otro objeto más o menos normal... —comentó, con tono que era más afirmación que pregunta.

—Desde luego, señor.

—¿Qué opinas, Carlos? —el comandante se volvió a su segundo, Carlos Torres, el Quijote.

—No lo sé —confesó el interrogado, agregando, tras una pausa —: O no quiero saberlo.

Todos, incluidos los subalternos, le miraron expectantes.

—Si tienes alguna idea, vomítala de inmediato —urgió el comandante.

Carlos movió varias veces la cabeza en señal de duda, antes de

decidirse a hablar.

—Puedo estar equivocado... —comenzó.

—¡Habla de una vez!

—De acuerdo, de acuerdo... Esa «cosa» —señaló el punto que, aunque casi imperceptiblemente, había crecido de tamaño— viene recta hacia nosotros y a gran velocidad...

—¡Eso ya lo sabemos todos! —se impacientó el comandante.

—Pues lo que yo temo —siguió Carlos, sin molestarse por la interrupción— es que se trate de un proyectil interespacial...

La reacción fue inmediata y unánime y Robert Sherwood delegado del Consejo Mundial, se encargó de sintetizarla.

—*¿Un proyectil...?* Tertum y su pequeña galaxia está en paz, nosotros estamos en paz con todas las galaxias vecinas... ¿Quién podría querer destruirnos?

—Aún no he podido verle la bandera al proyectil

—contestó Carlos. Y la sonrisa franca que acompañó a las palabras quitaba a éstas toda posibilidad ofensiva.

—Permanezca atento al video —dispuso el jefe— y comuníqueme las novedades cada treinta minutos.

—Entendido, señor —dijo el sargento, mientras el comandante y los otros abandonaban el cuarto. Rene Monsolis, responsable de la nave, no parecía estar del todo tranquilo.

—Vamos al comedor. Les invito a un café —decidió.

* * *

Tal como dijera Erika Tolsen, llevaban tres meses —noventa y ocho días exactamente recorriendo el espacio en misión de «buena voluntad».

Había habido muchas guerras en el pasado, y los gobernantes de una Tierra por fin unida estaban dispuestos a que no las hubiera en el futuro.

Así como a la Eurospace 7-341 le había tocado en suerte visitar la pequeña galaxia de la que Tertum era su planeta rey, otras naves visitaban otras galaxias para reafirmar lazos de amistad y hacer saber a los gobernantes la firme decisión de los terráqueos de mantener la paz intergaláctica a toda costa.

La 7-341 era una nave pequeña, muy funcional y con casi un año de autonomía de vuelo, especialmente indicada para éste tipo de viajes.

No poseía más armamento que un cañoncito nuclear y las armas portátiles de reglamento: pistolas de rayos láser y metralletas con munición de cabeza nuclear.

Nada, si de enfrentarse con inesperados enemigos se trataba.

Pero, tal como Robert Sherwood expresara, no había enemigos de la Tierra en todas las galaxias conocidas.

Y ésta era también la opinión del comandante de la nave y de la bella Erika, que cumplía en la singladura tareas de «relaciones públicas» en los planetas visitados, aunque era médica de profesión.

Carlos Torres, segundo de a bordo, era el único que había hablado de un posible proyectil. Y tampoco él estaba muy seguro de que eso fuera el punto brillante del video.

Pero se mantuvo en silencio mientras él y los otros bebían el mencionado café y ese silencio —tan desusado en él— bastó para inquietar a sus compañeros.

—¿Realmente crees que el punto brillante pueda ser un proyectil? —preguntó muy seria Erika, dejando el vacío pocillo sobre la mesa.

Todos miraron al interrogado, el cual se ¿imitó a extender ambas manos con las palmas hacia arriba, en comprensible gesto de ignorancia.

—Webster nos informará de un momento a otro —dijo Monsolis, tras consultar su reloj.

Durante un par de minutos reinó un silencio que se hacía cada vez mas tenso. La idea de que un proyectil, lanzado por vaya a saberse quién desde vaya a saberse dónde, marchaba directamente hacia ellos, iba penetrando en sus conciencias.

Seguramente, intentaban creer todos, se trataría de algo mucho más inofensivo. Pero la sola posibilidad de que no lo fuera, de que efectivamente se tratara de un ingenio que les buscaba para desintegrarlos en la negrura absoluta de los espacios exteriores, bastaba para mantenerlos en ese tenso silencio…

—Permiso, señor…

La voz respetuosa pero urgente de Webster hizo dar a todos un respingo.

—Hable, sargento —ordenó Monsolis.

—El punto luminoso sigue rectamente hacia nosotros, señor.

—¿Han calculado distancia y velocidad?

—Sí, señor. Se encuentra... se encontraba hace un par de minutos... a cuatro mil quinientos kilómetros. Su velocidad es de doce mil kilómetros por hora...

Todos hicieron mentalmente el cálculo: fuera lo que fuese lo que el misterioso visitante del espacio quería de ellos, dentro de veinte minutos lo habría conseguido.

Aunque, claro está, ellos tenían medios para defenderse de visitantes hostiles...

—Señores, creo que es mejor que vayamos a la sala de control —dijo el comandante, mientras se ponía de pie.

Pocos segundos necesitaron para estar los cuatro ante la pantalla y el punto luminoso que ahora era mucho más visible.

—¿Sigues con tu teoría del proyectil? —preguntó Monsolis a Torres.

Este observaba con atención la pantalla. Por fin respondió:

—Parece dejar una estela... más, diría, «sólida» que la normal producida por los gases... No, no parece tratarse de un proyectil...

—¿Tal vez un «cometa con cabellera»? —preguntó Erika, parodiando a los antiguos observadores de los cielos.

Torres movió varias veces la cabeza, en dubitativo gesto.

—Creo que podemos comenzar a pensar en un haz interceptivo —decidió el comandante y, volviéndose hacia Webster, ordenó—: Velocidad a un medio. Extiendan cobertura antimagnética total.

—Entendido, señor —dijo el sargento, marchando a cumplir lo ordenado.

Aunque nada en su exterior lo demostraba, Erika, Carlos y Robert sabían que su jefe estaba intranquilo. Y, como no era en absoluto frecuente esta intranquilidad, también ellos comenzaron a perder la calma.

—¿Un haz interceptivo...? —preguntó Robert.

—Puede que sí —respondió Monsolis, mientras encendía un cigarrillo—. O algún tipo de fuerza electromagnética...

—¡Señor!

Monsolis volvió nerviosamente la mirada hacia Webster, ahora enfrentado a la pantalla de video, tras haber transmitido las órdenes de cobertura.

—¿Sí, Webster?

—El objeto está aumentando su velocidad...

—¿Está completada la cobertura antimagnética?

—Sí, señor.

—Entonces sólo nos queda esperar.

Carlos observó su reloj. Ignoraba el porcentaje de aumento en la velocidad del objeto, pero dedujo que no faltarían más de cinco o, a lo sumo, diez minutos para que objeto y nave se encontraran en el espacio.

Como el comandante acababa de decir, nada podían hacer, más que esperar.

Con manos tranquilas, encendió un cigarrillo.

* * *

La colisión se produjo exactamente a los siete minutos y veintiocho segundos de haber Carlos comenzado a fumar.

Pero no fue un choque aparatoso ni mucho menos destructivo para la nave. Aunque el choque se produjo, lo que deja dicho que la cobertura antimagnética se reveló ineficaz.

Y esto era lo sorprendente del caso, ya que lo que chocó contra el Eurospace no fue otra nave, ni un asteroide, sino el haz de una imparable fuerza electromagnética, que comenzó a atraer la nave de los terrestres hacia el lugar de su emisión.

De nada valió que Monsolis en persona manipulara los mandos del 7-341, en desesperado intento por zafarse de la atracción externa. Por supuesto, tampoco valió de nada el dar la máxima potencia a la cobertura electromagnética.

El haz espacial era más poderoso que todos los sistemas de escape y de cobertura. Como la tópica mosca en la no menos tópica tela de araña, la nave terrestre luchaba inútilmente por escapar, mientras el haz la llevaba a una velocidad pronto calculada en 14.000 kilómetros por hora hacia un destino que sus tripulantes no podían adivinar.

Ahora que la situación era realmente crítica —pero que, de alguna manera, se estaba definiendo—, Monsolis recuperó totalmente la calma que tan popular le había hecho entre sus subordinados.

—Que se radie un mensaje urgente a Tierra —ordenó a Webster —. Texto: «Emergencia. Fuerza desconocida nos atrae sin posibilidad de liberación. Destino desconocido. Seguiremos informando.»

—Se enviará de inmediato, señor —dijo el sargento, acabando de tomar nota.

Volvió a los pocos segundos. Por su cara, todos adivinaron lo que iba a decir.

—Ninguno de los sistemas de comunicación funciona, señor. Tenemos luz y temperatura regulada... ¡Pero es lo único que nos han dejado!

—Me lo temía —fue lo único que dijo Monsolis, mientras encendía un nuevo cigarrillo.

Sus compañeros decidieron imitarle.

Esta vez sí que nada más podían hacer.

CAPITULO II

—¡Gal! ¡Nos llevan rectamente hacia Gal!

El anuncio lo hizo Carlos Torres, tras varios minutos de comprobaciones matemáticas y largas ojeadas a las pantallas.

Sin hacer comentarios, Robert Sherwood programó rápidamente la computadora.

Es decir, *intentó* programarla, porque de inmediato descubrió que tampoco el ingenio funcionaba.

Con un gesto de impotencia, más cómico que patético, Erika buscó entre otros libros un viejo atlas cósmico.

—Gal —leyó con voz neutra—, pequeño planeta del sistema Galum. Colonia alimentaria de Tertum. Población, un millón...

—Ya es suficiente, gracias, Erika —cortó Monsolis—. «Colonia alimentaria...» No se compagina demasiado bien el presumible pacifismo de los productores de alimentos con haces electromagnéticos que secuestran naves...

—Muy pronto saldremos de dudas —terció Carlos, levantándose del asiento que ocupaba frente al panel de pantallas.

—¿Has calculado el tiempo hasta el descenso en Gal... si es que descendemos en Gal? —Sí. Cuarenta y siete minutos, si se mantiene la misma velocidad. En el cálculo está prevista, naturalmente, la reducción de velocidad durante el descenso... —Cuarenta y siete minutos... No es mucho —comentó el comandante, encendiendo otro cigarrillo—. Esperemos que la recepción sea amable.

* * *

No lo fue del todo, ya que les hicieron prisioneros negándose el que estaba al mando de los captores a dar al comandante ningún tipo de explicación sobre su actitud.

En realidad, ni siquiera abrió la boca para dar órdenes a sus

subordinados, que parecían saber perfectamente lo que tenían que hacer con los forzados visitantes.

La nave había sido obligada a descender en lo que seguramente sería el principal aeropuerto de aquel pequeño planeta.

Tres naves espaciales de gran envergadura y un par de decenas de pequeños giróscopos se ofrecieron a la vista de los humanos, ocultando en parte una de las naves la visión de los no muy amplios edificios de la base.

No había signos militares a la vista.

Tampoco pudieron descubrir la fuente energética que los secuestró. Sólo sus captores portaban una especie de metralletas nucleares, aunque más pequeñas y, aparentemente, más toscas que las terráqueas.

En los que les aprisionaron y ahora les conducían hacia los edificios próximos se concentró la atención de los humanos.

Cuando la nave completó su descenso, el comandante abrió la escotilla de emergencia y apuntó al «Comité de recepción» con su pistola de rayos láser.

Pero de inmediato, aunque ninguno de los tripulantes de la nave pudo ver el menor movimiento, la pistola cayó de la mano de Monsolis, quien más tarde no supo acertar a explicar qué fuerza material o síquica le obligó a soltarla.

Esta demostración de fuerza fue suficiente para que el jefe de los humanos hiciera un convenido gesto a sus hombres que significaba: «mejor no intentar resistencia».

Por eso ahora se dejaban llevar a su misterioso destino por esos hombres aparentemente mudos.

«¿Hombres?», se estaba preguntando Carlos en esos instantes.

Sí, hombres. Al menos, eso era lo que parecían. Y muy similares a los terráqueos.

Pero algo no encajaba en la mente de Carlos...

Muy pronto dio con lo que no acababa de convencerle: esos seres de Gal eran *demasiado* parecidos a ellos mismos, a los humanos.

El segundo del Eurospace 7-341 había recorrido muchos millones de kilómetros en el cosmos, y había visto miles y miles de habitantes de varias galaxias.

Los había de muchos tipos, desde los «bastante» parecidos a él y

a sus congéneres hasta los que sólo tenían de común con ellos el poseer memoria, raciocinio e inteligencia.

Sí, había encontrado en sus viajes seres «bastante» parecidos a los humanos... ¡Pero nunca *tan* parecidos como esos gálicos!

Les había estado observando sus caras y la conformación general de sus cuerpos.

Ahora, al mirar con más atención sus ropas, volvió a sorprenderse.

Eran casi las mismas que las de los soldados de la Tierra.

Tal vez, decidió, una imitación algo burda de aquéllas, como si un diseñador de mal gusto las hubiera copiado...

Tras atravesar las dependencias casi vacías de la estación aeroespacial, salieron a una amplia explanada, donde un par de vehículos parecían aguardarles.

Y en efecto, así era.

Los cuatro oficiales y cuatro soldados gálicos acompañados por su jefe ocuparon el primero.

Webster y los siete hombres que completaban la tripulación de la nave terrestre, junto con los soldados restantes, fueron obligados a subir en el segundo.

El trayecto, realizado a una velocidad que Carlos estimó en unos doscientos kilómetros a la hora, fue muy breve. Apenas doce minutos, según comprobó Robert.

Sólo campos de labranza aparentemente provistos de muy modernos equipos y técnicas se ofrecieron a sus ojos, hasta arribar a la ciudad —«Gal, la capital», según informó Erika, que siempre estaba al tanto de todo—, que les pareció pequeña y hasta pueblerina, en comparación con las inmensas urbes terrestres.

La esperada detención se produjo ante un imponente edificio, mezcla de palacio y fortaleza, que los humanos imaginaron sería la sede de aquel gobierno o quizá su cuartel general.

Todos, prisioneros y guardias, penetraron en él, pero, tras atravesar un gran patio, a los oficiales se les indicó que descendieran por una escalinata, mientras el resto de la tripulación era conducido por un amplio corredor lateral.

—¿Adónde llevan a mis hombres? —reclamó Monsolis al jefe de los guardias.

Reclamación que, naturalmente, sólo obtuvo por respuesta el

silencio.

Cuando el comandante abandonó el grupo para marchar hacia el lugar donde se llevaban a sus subalternos, el jefe de los guardias le tomó por un brazo y con una fuerza que no admitía resistencias, le obligó a volver por el camino que se le había asignado.

En la seguridad de que se les conducía ante un jefe superior, posiblemente el responsable de todo lo que les estaba ocurriendo, Monsolis optó por obedecer.

Ante ese jefe se haría oír.

* * *

Lo que más impresionó a Carlos en el jefe no fue sus esfuerzos por aparecer brutal, que tenían mucho de histriónicos, sino la gran diferencia física existente entre él y los soldados que les habían apresado.

Este era un ser con una estatura que apenas alcanzaría los ciento sesenta centímetros, con un cuerpo exageradamente grueso y brazos y piernas delgados y cortos. Su frente era estrechísima y la cabeza casi cuadrada.

Respondía, en suma, a lo que las computadoras informaban sobre la estructura física de los gálicos.

¿Y el aspecto de esos soldados, entonces?

Carlos decidió aplazar sus dudas biotipológicas y escuchar las diatribas que les dirigía el jefe de sus captores.

—¡Soy Lerka! —estaba repitiendo por tercera vez, como sorprendido de que sus interlocutores no se hubieran echado a temblar al saberlo.

—¡Lerka o como se llame! ¡Le exijo que...! —comenzó Monsolis. Pero no pudo continuar.

—¿Exigir? —se enfureció aún más el otro—. ¡Usted no puede exigir nada! ¡Ni siquiera *rogar*! ¡Usted tiene que callar y obedecer al gran Lerka hasta que éste se digne acabar con su inútil vida y la de sus secuaces!

Carlos sintió inesperados —e inoportunos— deseos de reír ante tan ridícula demostración de poder, desfasada en el tiempo y en el espacio, pero optó por mantener su aparente seriedad.

«Al menos, este mono habla correctamente el idioma intergaláctico», se comentó a sí mismo.

—¿Por qué nos ha secuestrado y por qué nos tiene aquí? —

inquirió Monsolis en tono que trataba de ser calmoso.

Lerka, entendiendo que se acataba su autoridad, permitió que su feo rostro se distendiera, aunque sin llegar a la sonrisa.

—Veo que se está tranquilizando —comentó—. Eso es bueno. Yo, el gran Lerka...

—Usted, el «gran» Lerka —le cortó el comandante—, ¿qué tipo de autoridad ostenta, exactamente?

La ira volvió al rostro del «gran». Y esta vez parecía auténtica.

—¡Maldito gusano! ¿Está queriendo decir que en la Tierra no saben quién es Lerka?

—¡No! —estalló Monsolis, e iba a seguir, pero Erika se apresuró a intervenir.

—Lo que el comandante quiere decir —explicó con voz casi sensual, lo que hizo que el gran Lerka la mirara con atención—, es que nos ha indignado mucho su forma de proceder... ¡Por supuesto que en la Tierra sabemos quién es usted!

El otro la miró con desconfianza.

«Es un cretino megalómano —pensó Carlos—, pero no imbécil del todo.»

Pero Erika era, con sus largos cabellos rubios, su alto cuerpo y sus ondulantes formas, demasiado apetecible como para no ser creída.

Y, además, sonreía al monstruo.

La cara de éste volvió nuevamente a la distensión.

—Soy el señor de Gal y de Tertum —dijo, mirando a Monsolis—: Y muy pronto lo seré de... —se interrumpió cuando un gesto astuto apareció en sus ojos—. No tenéis por qué saber más —concluyó, haciendo un gesto al jefe de los guardias, que había permanecido junto a la puerta, en el interior de aquel gran despacho.

—Espero que disfrutéis con mi hospitalidad —despidió a sus forzados huéspedes.

* * *

La «hospitalidad» no era precisamente como para disfrutarla.

Los cuatro fueron encerrados en una amplia celda, que se hallaba situada en los subterráneos del enorme edificio.

La estancia estaba provista de controles magnéticos y fotoeléctricos, lo que dificultaba enormemente, si es que no imposibilitaba, un eventual intento de fuga.

Cuatro camastros, una mesa, dos sillas y un pequeñísimo excusado, era todo lo que la prodigalidad de Lerka Ofrecía a sus huéspedes.

Robert Sherwood, echado como los otros sobre un camastro, fue el primero en expresar con palabras lo que estaba en la mente de los cuatro.

—¿Por qué nos han traído aquí?

—He pensado en la posibilidad de que Lerka sea una especie de pirata espacial y esté buscando obtener una buena suma por nuestro rescate… —aventuró a decir la guapa Erika.

—Puede que el Consejo Mundial le pagara por *tu* rescate —rió Carlos—, pero por el mío…

Las risas fueron breves y más bien por cortesía.

—Me adhiero a tu teoría del «pirata espacial» —apuntó Monsolis, mirando a Erika—. Pero en cuanto a lo del rescate, me parece insuficiente motivación para cometer un acto que, más tarde o más temprano, le acarreará muy graves consecuencias…

—Siempre que en la Tierra se enteren algún día de lo que en realidad nos ha ocurrido aquí — indicó Carlos, y se arrepintió de inmediato de haberlo dicho.

Porque sus palabras les habían traído —a los otros tres y a él mismo— a una realidad de la que, con la charla, intentaban evadirse.

Pero todos sabían que muy pocas posibilidades tenían de salir con vida de las garras de aquel payaso que les había apresado.

Y no habían podido ni siquiera comunicar a su base terrestre todo lo que les estaba ocurriendo…

Nadie sabía dónde estaban ni lo que iban a hacer con ellos.

De pronto, los cuatro se sintieron muy solos y muy abandonados en toda la inmensa, casi infinita, extensión del cosmos.

Porque la idea seguía preocupándole, pero mucho más porque se consideraba responsable de ese bajón que todos sufrían, Carlos volvió a hablar:

—¿Habéis observado? —preguntó—. La similitud física que existe entre los soldados que nos han apresado y nosotros es demasiado grande para resultar normal.

Sus compañeros salieron del triste laberinto de la depresión, pero lo hicieron como a desgana.

Monsolis fue el primero en responder.

—Sí. Ya lo había observado. Y también la enorme diferencia que existe entre el jefe Lerka y ellos.

—En efecto —corroboró Carlos—. ¿Y cómo explicas esas similitudes de los unos y esas diferencias del otro?

Monsolis, apoyada ahora su espalda contra la pared y sentado sobre el camastro, hizo un gesto de impotencia con sus manos.

—De momento, no se me ocurre ninguna explicación —confesó.

—Tampoco a mí —le hizo eco Carlos, agregando, tras un pequeño silencio—: Pero se me ocurre que, si desentrañáramos ese misterio, sabríamos por qué nos han traído aquí…

CAPITULO III

Tres horas después de haber sido conducidos a su encierro, y tras una frugal comida, comenzaron los interrogatorios.

Se les sacó a los cuatro juntos, pero a cada uno se le obligó a entrar en un compartimiento individual.

La primera en ser separada de sus compañeros fue Erika, hecho que motivó la airada protesta del comandante.

—¡Hago responsable a usted de lo que le ocurra a mi subordinada! —gritó al oficial que tos distribuía.

Como de costumbre, la amenaza quedó sin respuesta.

A Carlos le tocó de inquisidor a un gálico característico: estatura pequeña, cuerpo casi cuadrado, frente estrecha, etcétera.

La curiosidad, ya casi obsesión, que el segundo de la Eurospace sentía por conocer el motivo de tan marcadas diferencias antropomórficas entre los gálicos «puros» y sus guardias, volvió a apoderarse de su mente.

Pero el ser que estaba sentado frente a él, pequeña mesa por medio, no le dio tiempo a seguir pensando.

—Dígame su nombre, grado y lugar de origen, por favor —dijo, con una corrección que fue otro motivo de sorpresa para el terrestre, quien contestó a lo que se le preguntaba.

Esperaba preguntas sobre temas militares, nuevas armas, emplazamientos defensivos más importantes, hasta planes de la Tierra con relación a otras galaxias, pero se equivocaba de medio a medio.

—Señor Torres —fue la siguiente inquisición—, ¿en qué ciudad de la Tierra reside usted habitualmente?

—En Tolón, donde está la base de nuestras naves.

El gálico extrajo unos papeles doblados de una cartera que tenía

en el suelo, junto a su silla. Abiertos, los papeles resultaron ser un gran mapa de la Tierra, que extendió sobre la mesa.

Para evitar inútiles pérdidas de tiempo —y porque el tipo, pese a todo, no le caía mal—, Carlos le señaló con su índice el emplazamiento de Tolón.

El otro asintió varias veces con la cabeza, como satisfecho por la ayuda o por alegrarse de que Tolón estuviera donde estaba.

—¿Cómo es esa ciudad de... Tolón? Hábleme de ella, por favor —preguntó de inmediato.

Aquí comenzó la creciente sorpresa de Carlos que, comenzando a pensar si su interlocutor no estaría un poco chiflado, se extendió en consideraciones sobre la ciudad en la que vivía.

El otro le dejó hablar sin interrupciones ni comentarios, sólo cuando el terrestre puso fin a su exposición volvió a preguntar:

—Cuando usted dejó Tolón, señor Torres, ¿cuál era el espectáculo de total visión que más gustaba en la ciudad?

* * *

De uno en uno fueron siendo devueltos a su habitación-calabozo. El último en llegar fue Carlos, lo que no era de extrañar, ya que hablaba más que los otros tres juntos.

—¿Qué te preguntaron? —le interrogó Monsolis, no bien la puerta se hubo cerrado tras el recién llegado.

Su inmediato subordinado le hizo una relación detallada y casi *in extenso* de todo el interrogatorio.

Su amable inquisidor había querido saber qué espectáculos gustaban más, cuál era el nombre del alcalde de Tolón, cómo vestían las mujeres esa temporada, qué se comía con mayor frecuencia, y cosas por el estilo.

De temas militares o pretensión de conocer secretos estratégicos, ni una palabra.

—En líneas generales, coincide con lo que nos han preguntado a nosotros —resumió el comandante.

Erika y Robert asintieron con la cabeza. A los dos, y también a Monsolis, se les veía entre preocupados y apesadumbrados.

«Han llegado a la misma conclusión que yo», imaginó Carlos, pero prefirió no ser el primero en hablar.

—¿Qué piensas de todo esto, Rene? —inquirió a su superior.

Este se dejó caer sentado sobre el camastro y tornó a hacer el

gesto de impotencia que ya se estaba convirtiendo en una costumbre.

—Creo que la conclusión es obvia —respondió—. Estos locos están pensando en invadir la Tierra.

Carlos se sentó sobre una de las dos sillas, mirando a sus compañeros. Erika y Robert volvieron a mover verticalmente sus cabezas. Sí, él también pensaba lo mismo. Todos estaban de acuerdo.

Por irracional y hasta impensable que pudiera parecer, era indudable que ese grupo de gálicos o lo que fuesen estaban preparando una invasión al planeta, al que ellos pertenecían. A «su» planeta.

¡Y ellos sin poder avisar del peligro!

—La idea es absurda, pero debemos darla por cierta —volvió a hablar Carlos, agregando, en pregunta que iba dirigida a su superior—: ¿Qué podemos hacer para impedir esa invasión?

—Puedes imaginar que ésa es mi preocupación desde que comencé a sospechar las intenciones de estos locos… Pero no es fácil que podamos hacer algo mientras nos tengan prisioneros.

—Eso quiere decir… —sonrió Robert.

—Que tenemos que intentar la fuga de inmediato —completó Carlos.

—Empresa que no será del todo sencilla —era Erika y señalaba los ingenios fotoeléctricos y magnéticos que se veían y se adivinaban en las paredes y en el marco de la puerta.

—No será sencillo… ¡pero lo lograremos! —se exaltó Carlos, mientras una ancha sonrisa precursora de la acción borraba restos de inquietudes y depresiones.

Lo que los cuatro no sabían era que Lerka acababa de sentenciar: «*No* lo lograrán», mientras, también él sonriente, les observaba por la pantalla del introvisor.

Él gálico se volvió a uno de sus ayudantes.

—De todos modos, no quiero correr riesgos inútiles. Que mañana les hagan un último interrogatorio y que mañana mismo parta la nave hacia el planeta Tierra.

—Pero, señor —se aterró el otro—. Los preparativos de la expedición y los mismos guerreros…

—¡No te pago para que me traigas problemas, sino para que me

lo soluciones, Aker! —explotó Lerka—. ¡Mañana saldrá la nave!

—Así se hará, señor —claudicó el subordinado, iniciando la retirada.

Las nuevas palabras de Lerka le hicieron detenerse, ya junto a la puerta.

—En cuanto la nave haya partido, que se mate a los terrestres —dijo el jefe.

* * *

Por el idioma internacional e intergaláctico de los prisioneros —golpes en utensilios o en paredes— la plana mayor del 7-341 sabía que sus hombres estaban bien de salud y en dos celdas, una de las cuales lindaba con la de ellos mismos.

A su vez, los subordinados habían sido informados del proyecto de fuga y se habían declarado dispuestos a secundarlo con todo entusiasmo. También ellos habían sido interrogados sobre la vida y las costumbres del planeta Tierra.

—Esperaremos a que nos traigan la cena —decidió Monsolis.

—Y cuando abran la puerta... —sonrió Carlos.

—No será muy original mi idea —concedió el comandante—, pero ya me dirás cómo podríamos forzar una puerta protegida por todo tipo de ingenios electrónicos...

Carlos abrió sus brazos, en gesto de rendición incondicional.

Estaban los cuatro sentados sobre uno de los camastros y hablaban en voz muy baja, lo que obligó a Lerka a aumentar el volumen de sus parlantes para poder oírles con comodidad.

—Tú, Robert, desmayarás al guardia que entre con la cena —seguía disponiendo Monsolis—. Utilizarás para ello la pata de una de las sillas.

El aludido asintió con la cabeza.

—Carlos y yo saldremos los primeros al exterior. Es posible que nos encontremos con un par de guardias de inmediato, pero confío en la sorpresa y en nuestros puños para reducirlos.

—¿Después intentaremos llegar hasta nuestra nave? —Quiso saber Carlos.

—He pensado algo mejor —respondió el comandante, muy animado—. Salir será muy difícil. Debemos prever que ya se haya dado la alarma y que tendremos a un número inmenso de guardias tras nosotros... En esas condiciones, huir nos resultará imposible.

Los otros tres le miraron desconcertados.

—Por tanto —prosiguió Monsolis—, he decidido que nos apoderaremos de Lerka y le utilizaremos como rehén, para cubrir nuestro trayecto hasta la estación aeroespacial y la nave.

Sus subordinados se entusiasmaron con la idea. De inmediato, Carlos «radió» las pertinentes consignas a la tripulación, mediante el simple método de golpear con un vaso en la pared medianera, utilizando el código que estaba prescrito para casos de emergencia.

Llegó la hora de la cena y llegó el desprevenido guardia, que fue puntualmente desmayado por Robert con la pata de una silla.

Rene y Carlos encontraron a un solo y aterrado guardia en el exterior. No ofreció la menor resistencia y cayó en redondo al recibir el primer puñetazo del comandante.

A éste fe quedó muy dolorida la mano agresora, pero de momento no dio importancia al hecho.

Sin inconvenientes liberaron a sus hombres y, tras apoderarse de las pistolas nucleares de los dos guardias, una empuñada por el comandante y la otra por Robert, todos se dirigieron entre grandes precauciones hacia el despacho de Lerka.

No era difícil llegar hasta él y muy pronto tuvieron a la vista la doble puerta, guardada por dos centinelas. Hasta ese momento no habían encontrado enemigos por los desiertos corredores.

Ocultos los demás, Rene y Robert, pistolas en mano, se plantaron en dos zancadas ante los atónitos guardias, que alzaron sus manos en señal de rendición.

Reunidos los humanos ante las puertas y ya despojados de sus armas los centinelas, el comandante les ordenó que franquearan el paso hasta Lerka.

El gran jefe estaba solo y sentado ante su escritorio-panel, en el que parecía estar observando con gran interés algo que los recién llegados no podían ver.

—¡Está en nuestras manos, Lerka! —gritó el comandante, apuntándole con la pistola.

El aludido alzó la vista con una lentitud que a Carlos le pareció de muy mal augurio.

—Por fin han llegado —saludó el dueño de casa—. Comenzaba a temer que se perdieran el espectáculo...

Desconcertado y casi seguro de que habían caído en una trampa,

Rene intentó seguir adelante.

—¿Es que no lo entiende, Lerka? ¡Es nuestro prisionero y si se niega a obedecernos, le mataré!

El otro sonrió beatíficamente.

—Intente hacerlo, comandante —dijo finalmente.

Cuando Rene parecía dispuesto a presionar el gatillo sobre el que se apoyaba su índice, abrió convulsivamente su mano y el arma cayó al suelo. Otro tanto ocurrió a Robert, Carlos y Webster, los cuatro que tenían pistolas.

La sonrisa de Lerka se transformó en risa franca, mientras hasta una decena de guardias, éstos sí muy bien armados, aparecían por cuatro lugares distintos, como salidos de las mismas paredes, y rodeaban a tos de nuevo prisioneros.

—Vengan, vengan —les invitó Lerka, señalando el panel que estaba frente a él—. No se pierdan este maravilloso espectáculo.

Empujados por los guardias, los doce terrestres fueron aproximándose al panel. El dueño de la casa k) señalaba con orgullo.

—¡El comienzo de mi dominio de la Tierra! —anunció.

Y entonces todos miraron y todos vieron en la pe: quena pantalla de vivos colores a su querida nave, la Eurospace 7-341, elevándose a creciente velocidad desde la pista de la estación aeroespacial.

Un sentimiento de fracaso y el comienzo de un gran desasosiego se apoderó de los humanos.

Habían intentado alertar a sus congéneres y habían fracasado. En pocos días —si esos malditos sabían imprimirle la velocidad necesaria— la nave estaría en la Tierra.

Claro que la tripulación que ella admitía no podría bastar para una invasión, pero eso también lo sabía Lerka y ya habría tomado las medidas del caso.

O la nave transportaba algún tipo de arma capaz, de acabar con toda resistencia o muchas más naves gálicas seguirían a ésa.

La voz del triunfante jefe sacó a sus prisioneros de sus tristes meditaciones.

—Ya saben ahora por qué les hice venir aquí... Necesitaba vuestra nave... Es decir, *cualquier* nave terrestre. Le tocó a la vuestra...

—¡Nuestra nave y tus hombres en ella serán destruidos no bien

entren en contacto con la atmósfera terrestre! —rugió Monsolis.

Lerka le miró con burlona sorpresa.

—¿Por qué habría de ocurrir tal desastre? —preguntó—. ¿Por qué habrían de destruir los terrestres una nave terrestre tripulada por *terrestres*?

Carlos miró a los guardias «casi» humanos que les rodeaban y de golpe comprendió.

¡Robots! Robots fabricados a imagen y semejanza de los seres terrestres, para poder ser confundidos con ellos.

Tal vez no lo suficiente para dominar la Tierra, pero sí para sorprender, desconcertar y poder introducirse en lugares claves y causar terribles daños.

El muchacho sintió que un sudor frío comenzaba a correr por sus sienes.

Como si leyera sus pensamientos, Lerka estaba diciendo:

—Robots iguales a vosotros... Pero con una decisiva diferencia sobre vosotros...

De un cajón de su escritorio sacó una pistola nuclear y disparó repetidamente sobre los guardianes que estaban más próximos a él.

Las terribles descargas de las pequeñísimas balas con cabeza nuclear ni siquiera les afectaron en sus estúpidas sonrisas.

—¡Indestructibles! —bramó Lerka—. ¡Son indestructibles! Sólo me obedecen a mí... ¡Y yo les he mandado que se apoderen de la Tierra!

—¡Maldito loco! —rugió Monsolis, y en un rapto de furor, se abalanzó sobre el gran jefe.

Dos guardias le sujetaron fuertemente y Lerka, exasperado, les ordenó que se llevaran a los prisioneros.

—¡Aker! —llamó a gritos, no bien hubo quedado solo.

El ayudante apareció al punto.

—¡Que los encierren a todos juntos! —ordenó al jefe—. Así se hará más rápido...

—¿Cuándo, señor? —quiso saber el otro.

—¡Dentro de una hora! ¡Que dentro de una hora exacta les inunden con el gas! ¡Estos serán los primeros terrestres que morirán a manos de Lerka... para que sepan quién será el amo del universo!

CAPITULO IV

La celda, que era adecuada para cuatro o cinco prisioneros, se tornó casi asfixiante cuando los doce estuvieron encerrados en ella.

Pero era la sensación de derrota sin atenuantes lo que en realidad hacía que los terrestres se sintieran al borde del abogo y de la náusea.

Como siempre, fue Monsolis el primero en reponerse. Por tácito acuerdo, sus subordinados le habían dejado solo, sentado sobre uno de los camastros. Ahora hizo una señal a sus tres oficiales para que se acercaran a él.

—No creo decir nada nuevo para vosotros —comenzó en voz muy baja—, si os transmito mi seguridad de que, de un momento a otro, acabarán con nuestras vidas...

Sus oyentes asintieron en silencio.

—Es decir —continuó el comandante—, que *algo* estamos obligados a hacer...

—¿«Algo»? —interrumpió Carlos.

—Sí. «Algo» que aún no sabemos qué es, pero que se nos ocurrirá, si nos ponemos a pensar en ello. Pero antes hay otra cosa que quisiera saber... —le miraron con curiosidad—. Quisiera saber... creo que es necesario saber... *cómo* vamos a morir.

—Creo entenderte —reaccionó Erika—. Te refieres a si nos van a... a matar... aquí o fuera de la celda. —Me has entendido. Si nos llevan fuera, pues... eso nos daría una oportunidad.

—Aguardad un instante —dijo Carlos, y se levantó de un salto.

Ante la mirada curiosa de todos los otros, comenzó a palpar centímetro a centímetro las paredes, observando la superficie aparentemente lisa con gran detención. Después hizo lo mismo, aunque algo más de prisa, con el suelo. Por fin, se dedicó al techo.

Esta parte de su inspección le llevó más tiempo, ya que tuvo que proceder subido sobre la mesa, la que cuatro hombres iban cambiando lentamente de lugar, de acuerdo con sus instrucciones.

La mesa se había cambiado cuatro veces de lugar cuando pareció darse por satisfecho y, de un salto, bajó al suelo.

—Lamento informarte —comenzó, sentado otra vez sobre el camastro del comandante—, pero no van a sacarnos de aquí.

Sus compañeros le interrogaron con sus miradas.

—Muy bien disimulados en el techo —dijo él— hay decenas de casi microscópicos orificios. No es difícil adivinar su objeto.

—Gas —sintetizó Monsolis. Carlos asintió con un movimiento de cabeza.

—Y pueden echarlo en cualquier momento —razonó tristemente Robert.

—Tenemos que escapar de aquí ahora mismo —decidió el comandante.

—Sí, pero, ¿cómo? —quiso saber, irónico, pese a todo, Carlos.

Monsolis se incorporó lentamente.

—Por la puerta —respondió simplemente.

Los otros se miraron y le miraron como si estuviera loco, pero él no se inmutó. Llamó a Webster y a los otros y en pocos segundos les impuso de la existencia de las bocas de gas, de su seguridad de que les asesinarían en plazo brevísimo, y de su decisión de intentar la salida «por la puerta».

—Haremos lo clásico —concluyó—. Pedir agua o cualquier cosa para un enfermo y escapar cuando abran la puerta. Sonarán todas las alarmas, tendremos sobre nosotros a todos los guardias, pero no veo otra posibilidad, dada la extrema urgencia...

—Recuerda que los guardias son robots —musitó Carlos. En realidad, quería decir: «Recuerda que los guardias son *indestructibles».*

—Sí, lo sé. Y puede que eso nos ayude.

Todos le miraron sorprendidos. Él se decidió a explicarles su idea.

—Como robots, tienen que ser programados. Al que nos trae la comida, y a los uno o dos de afuera, se los programó para que nos dejaran escapar antes, ya que Lerka o sus secuaces conocían nuestro plan...

—Y tú esperas... —interrumpió Carlos, que comenzaba a comprender.

—Que no hayan cambiado la programación —concluyó Monsolis, agregando—: Seguramente, ya nos dan por muertos, ¿por qué preocuparse, entonces, por nosotros?

—¿Y si también nos están escuchando ahora? —interpuso Robert.

—No lo creo. Y aunque así fuera, no tendrían tiempo para reprogramar... —comenzó a marchar hacia la cerrada puerta, mientras decía a uno de los hombres—: Tú, al suelo y con convulsiones.

El subordinado hizo lo que se le pedía, con gran despliegue de patadas al aire y sonidos incoherentes.

—¡Guardias! ¡Eh, guardias! —gritaba entretanto Monsolis junto a la puerta.

De inmediato, se entreabrió ésta y asomó la cara de un guardia. El mismo que les llevara antes la cena

—¡Agua! ¡De prisa! Uno de mis hombres se muere...

El hombre desapareció, para volver al instante con un vaso de agua.

Monsolis le dejó entrar para, de inmediato, golpearle salvajemente con el filo de su mano en la nuca. El guardia cayó al suelo, aparentemente sin sentido.

Un «¡Ohhh!» de satisfacción brotó al unísono de las once gargantas terrestres. Los robots no habían sido reprogramados.

Monsolis se apoderó de su pistola y todos salieron al exterior. Allí también se repitió la escena anterior. Un guardia, un golpe y una pistola para Robert

—Puede que los guardias del despacho de Lerka tampoco hayan sido reprogramados... —susurró Carlos al oído de Monsolis—. Y si nos apoderáramos de Lerka...

El comandante pareció evaluar durante un segundo los pros y los contras de la sugerencia, pero de inmediato dijo:

—Demasiado arriesgado. No tenemos la seguridad de encontrar a Lerka en su despacho y, aunque estuviera en él, dispone de muchos artilugios y trampas, con los que puede reducirnos. No, alegrémonos de que no sonaran, al menos audiblemente para nosotros, las alarmas, y tratemos de salir de aquí y llegar a la

estación aeroespacial...

Tuvieron suerte. Con la absoluta seguridad de que sus prisioneros eran ya cadáveres vivientes, los gálicos no se preocuparon por tomar medidas de vigilancia.

Robert poseía un notable sentido de la orientación, y había grabado en su memoria el camino que recorrieran al llegar al palacio-fortaleza. El sirvió de seguro guía a sus compañeros.

Rápidamente llegaron al patio por donde les habían separado. Estaba vacío, aunque dos guardias se paseaban en su extremo opuesto, custodiando la salida al exterior.

Señalándolos, Monsolis hizo que sus hombres se ocultaran junto a la gran escalinata.

—Iré a encargarme de los guardias —susurró.

Pero Carlos no estaba de acuerdo.

—Perdona, Rene —interpuso, en el mismo tono de voz—, tú eres el jefe, no debes exponerte. Déjame que yo vaya a echar una ojeada más de cerca a esos guardias...

El comandante se aprestaba a protestar, pero la inesperada intervención de Webster inclinó la cuestión a favor de Carlos.

—Creo que esto podrá serle útil, señor Torres —dijo el sargento, mientras entregaba al segundo de la Eurospace algo que parecía un bolígrafo.

—¿Cómo no se lo quitaron los guardias? —se sorprendió Monsolis.

—No estaban programados para diferenciar los bolígrafos auténticos de los falsos —rió Webster.

Sin esperar especiales autorizaciones, Carlos avanzó a grandes trancos por uno de los costados del patio, confiando en que la oscuridad de la noche gálica era suficiente protección para él.

Llevaba en su mano el ingenio de Webster, un arma especialmente indicada para la misión que iba a cumplir.

Bajo la inocente apariencia de un bolígrafo común, el arma disparaba a un máximo de diez metros una descarga láser.

Los inconvenientes eran su corto alcance y la poca capacidad de su depósito, que sólo alcanzaba para realizar tres o; a lo sumo, cuatro disparos que fuesen mortíferos.

Carlos confiaba en que la carga fuera suficiente para su objetivo, pero no era esto lo que más le preocupaba, sino el saber qué eran

los guardias. Porque si eran robots...

La suerte seguía acompañando a los terrestres. Los dos guardias no eran robots, eran gálicos.

El resto fue muy fácil. De entre las sombras irrumpió Carlos disparando su arma.

Los dos pasaron a mejor vida sin poder adivinar siquiera de dónde les había llegado la muerte.

Seguro de que sus compañeros le veían, ya que la entrada estaba iluminada, les hizo señas de que no avanzaran todavía. Quería cerciorarse sobre la posible existencia de otros guardias.

Salió al exterior, miró a derecha e izquierda, pero nadie se divisaba en la oscuridad.

Volvió bajo las luces e hizo señas a sus congéneres para que se unieran a él. Ya estaban libres...'

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó cómicamente Carlos, cuando los cuatro oficiales estuvieron reunidos, bien alejados del palacio del Gobierno. La pregunta era pertinente.

Habían logrado escapar de la celda y del palacio, pero ningún vehículo se mostraba ante su vista, capaz de transportarlos hasta el aeropuerto, donde esperaban hacerse con alguna nave intergaláctica, como las que vieran al llegar.

—Hay que conseguir un vehículo... —comentó redundantemente Robert

—¡Eso lo sabemos todos! —se exaltó Carlos—. El asunto es *dónde* conseguirlo.

Los tres hombres permanecieron en impotente silencio. Fue Erika la que habló.

—Creo que Lerka se ha apoderado por la fuerza del; gobierno de Gal —comenzó diciendo. Y los otros la miraron sin saber a qué atenerse—. ¡Oh, dejadme continuar! —se molestó ella—. Lo que quiero decir es que el pueblo gálico no debe de simpatizar mucho con él y con sus robots...

—¿Y tú crees que cualquier honesto ciudadano de este planeta se sentirá honrado proveyéndonos de su vehículo? —dijo Carlos, entre las risas de todos.

—Si a ti se te ocurre alguna idea mejor... —contraatacó la chica.

—No...

—¡Pues entonces, pongamos en práctica el plan de Erika! —

concluyó el comandante.

Convinieron en alejarse del centro de la ciudad. Como ya habían podido apreciar cuando llegaron, ésta no era muy grande.

Caminaron casi media hora por calles totalmente desiertas, hasta enfrentarse con una casa más grande y lujosa que la mayoría.

En la calzada, ante ella, estaban aparcados dos vehículos. Uno, de los que en la Tierra eran llamados «transterra», por su gran capacidad de adaptación a todos los terrenos, y el otro, era un transportador común.

—Esta es nuestra oportunidad —decidió Monsolis. Y, sin vacilaciones, se dirigió a la entrada de la casa.

Menos de cinco minutos después, los dos vehículos arrancaban en dirección a la estación aeroespacial, llevando en uno cinco y en el otro a los siete restantes terrestres.

—Tenías razón, Erika —congratuló Monsolis, al volante del transportador—, los gálicos odian a Lerka.

—Dos de los hijos del dueño de esta casa murieron para tratar de impedir que ese demente y sus robots se hicieran con el poder —completó Carlos, que había acompañado al comandante durante su brevísima estancia en el interior de aquella hermosa casa.

Después se mantuvieron en silencio, hasta que las brillantes luces de la aeroestación parecieron dispuestas a engullirlos.

* * *

Dos magníficas naves intergalácticas se mostraban a sus ávidos ojos, pero estaban muy bien protegidas.

Una docena de guardias gálicos y dos robots se estaban paseando junto a ellas.

No sería fácil hacerse con una.

De todos modos, tenían que intentarlo.

Querían llegar a la Tierra a tiempo para impedir que la avanzada de Lerka cumpliera su objetivo de confusión y de sabotaje.

Ignoraban la velocidad de estas naves, pero no creían que fuera mucho menor que la de la Eurospace.

—Sólo nos llevan unas horas de ventaja —había dicho Monsolis —. ¡Puede que hasta lleguemos antes y les preparemos una adecuada bienvenida!

Había que hacerse con una de las naves.

El comandante sabía que, aun en el mejor de los casos, varios caerían antes de llegar a ella, pero estaba de por medio la suerte de todo un planeta y no era momento para sentimentalismos.

Y una vez más, fue Carlos quien se ofreció como voluntario.

—Dame unos hombres —pidió al comandante— y organizaré un follón por allá —señaló en dirección contraria a las naves—. Así tú y los otros podréis salir sin ser molestados...

Monsolis había imaginado algo por el estilo y no encontraba otro plan mejor para poder salir con rapidez.

—De acuerdo —accedió—. Pero no me iré hasta que tú y tus hombres estéis a bordo.

Carlos hizo un gesto que a nada le comprometía, y ordenó a dos hombres que le acompañaran.

Cuando ya se alejaba el grupo de los otros, Erika y Robert corrieron hasta Carlos.

—¡Queremos ir contigo! —dijeron al unísono.

Monsolis tuvo que ordenar a Erika que permaneciera con él, pero a Robert no pudo convencerlo.

Carlos, Robert y los dos tripulantes se encaminaron entre las sombras hacia el lugar elegido.

Nadie les vio, ya que los guardias estaban ocupados en cuidar de las grandes naves.

Junto a varios giróscopos aparcados, Carlos decidió comenzar la función.

Empuñaba la pistola nuclear que había quitado a uno de los guardias que matara y disparó con ella al depósito de combustible del vehículo aéreo más alejado.

Como no podía ser de otra manera, la explosión fue tremenda.

A la luz de las llamas que se alzaban del giróscopo destruido, y de sus dos vecinos alcanzados por la explosión, Carlos vio a los guardias que se acercaban a la carrera.

Protegido por las pequeñas naves y desplegando a sus hombres, los dos, al igual que él mismo y Robert, armados con las pistolas arrebatadas a los guardias, Carlos comenzó a disparar.

Un gálico cayó de inmediato, y otro lo hizo un segundo más tarde. Sus congéneres se protegieron tras un bajo muro de material compacto, y repelieron el fuego, pero los robots siguieron avanzando.

Aunque Carlos no podía verlos, imaginaba que Monsolis, y los otros estarían ya subiendo a la nave. Pero había que ponerla en marcha…

Lentamente, con la seguridad de los que no tienen alma, ni cerebro, ni corazón, los robots seguían avanzando.

No disparaban sus armas, que llevaban en su manos, seguramente porque antes, según su programación, tendrían que «ver» el objeto a atacar.

No tenían prisa. Eran indestructibles.

Robert había matado a otro gálico, y uno de los hombres había hecho lo propio con otro. Pero no eran los gálicos los que preocupaban a Carlos.

Los dos robots estaban a menos de diez metros de distancia de donde ellos se ocultaban.

Entonces el rugir de dos poderosos reactores hendió el aire.

Los dos robots se detuvieron en su avance y, de improviso, dieron marcha atrás, regresando junto a la nave, cuya vigilancia habían abandonado.

Carlos se enfureció contra sí mismo. ¡Debió de haberlo imaginado! Los robots estaban programados para vigilar el aeropuerto, destruir a posibles intrusos y apagar incendios, pero, por encima de todo, para vigilar y proteger a las naves intergalácticas.

Activados sus sistemas de alarma por el rugir de los reactores, regresaban a sus puestos.

Y Monsolis no levantaría el vuelo hasta que Carlos y los suyos estuvieran a bordo…

—¡A la nave! —ordenó, dando el ejemplo y abandonando a la carrera la protección del giróscopo, mientras disparaba sin cesar sobre los gálicos.

Robert y los dos tripulantes le imitaron al instante.

Dos gálicos más cayeron y los cuatro o cinco que aún quedaban vivos optaron por huir a la carrera.

Su actitud era perfectamente comprensible. No querían perder su vida por defender a Lerka y a sus megalomanías.

Pero los dos robots les llevaban ventaja en la carrera que todos corrían hacia la nave, cuya abierta portezuela ya podían ver los terrestres.

Entonces Robert hizo algo realmente heroico.

Imprimiendo a sus piernas el máximo de velocidad que éstas podían alcanzar, logró ponerse a la altura de los robots y, como un jugador de rugby al practicar un *tackle*, se abrazó a las piernas de uno de ellos, el que estaba más lejos de él, por lo que los dos guardias cayeron al suelo simultáneamente.

En muy pocos segundos, los dos robots estaban nuevamente en pie y Robert destrozado por un disparo de la pistola nuclear de uno de ellos, pero Carlos y los dos tripulantes ya habían cerrado tras ellos la portezuela de la nave.

CAPITULO V

Aunque había logrado poner en marcha los reactores, Monsolis todavía dudaba sobre la función de algunos de los muchísimos mandos que tenía frente a su asiento, cuando Carlos se sentó junto a él.

Pero los disparos de los dos robots comenzaron a explotar contra el blindaje de la nave y no había tiempo para aprendizajes.

Por supuesto que las pistolas con las que disparaban los guardias nada podían hacer al blindaje antinuclear de la nave, pero no se debía correr el riesgo de que otras armas más potentes les atacaran.

Y, cuando todavía la nave no había podido comenzar el breve carreteo previo a su elevación, la amenaza comenzó a concretarse.

Webster, de pie tras el asiento de Carlos, señaló a éste algo en el exterior.

—¡Mire, señor!

A través de las amplias «ventanas», el segundo descubrió de inmediato la causa de inquietud del sargento.

Tres naves espaciales de un tamaño menor que la que ellos mismos ocupaban, pero con poderoso armamento, estaban siendo apresuradamente sacadas de sus hangares, con los reactores ya en funcionamiento. Y la que encabezaba la marcha apuntaba el negro ojo de un largo cañón hacia ellos.

Sin abrir la boca, Carlos tocó en el brazo a Monsolis y le señaló la novedad. Tras una brevísima mirada, el comandante asintió con la cabeza y apretó decididamente un botón.

La nave avanzó un centenar de metros, giró sobre sí misma y comenzó a elevarse.

Un suspiro de alivio aligeró en parte la carga emotiva de sus tripulantes, en el preciso instante en que una explosión les hacía

caer unos sobre otros.

Si hubieran demorado sólo unos segundos más en elevarse...

Pero Webster, instalado ante el visor proximal, anunciaba lacónicamente al comandante por el intercom:

—Tres naves enemigas nos persiguen, señor.

—Velocidad y rumbo —quiso saber Monsolis.

La respuesta llegó menos de un minuto después, pero no antes de que una nueva explosión volviera a sacudir la nave.

—Velocidad: 45.000 kilómetros a la hora, aumentando. Rumbo: de colisión.

—¿A qué velocidad avanzamos nosotros? —quiso saber Carlos, que también estaba conectado el intercom y se había enterado de las novedades.

—A sesenta mil kilómetros —contestó el comandante, agregando —: Aumentaré a cien mil. No sé cuál será el límite de este trasto...

Pasaron cinco minutos de silencio radiofónico interno y de explosiones atenuadas, entonces volvió a oírse la voz de Webster.

—El enemigo se acerca, señor.

—¿Velocidad?

—Ciento veinte mil, señor.

—¡Maldita sea! —rezongó Monsolis—. No creí que esos mosquitos corrieran tanto...

Una explosión que tomó desprevenidos a todos sacudió tremendamente la nave, haciendo que varios cayeran y que un tripulante se hiriera en la cabeza.

—Parece que están afinando la puntería —comentó Monsolis—. Aumentaré a ciento cincuenta mil.

—Rene... —la voz de Carlos, aún en el intercom que unía a los dos pilotos, sonaba dubitativa—. ¿No crees que podríamos intentar una conexión inmediata con Tierra desde los aparatos de la nave?

A pesar de que otra explosión les hizo «bailar» durante unos segundos, Monsolis lanzó una carcajada.

—¿Crees que de ésta no salimos vivos, verdad? —comentó.

—Hombre... —se excusó el otro.

—Aún no conocemos con exactitud el manejo de los aparatos de comunicación de este cacharro —siguió Monsolis, ya más serio—. Déjame que les dé esquinazo a esos mosquitos y entonces nos ocuparemos de las transmisiones.

Carlos se limitó a levantar su pulgar en señal de asentimiento.

Otro disparo explotó cerca de ellos.

—Escucha, Rene —volvió Carlos—, he visto un cañón o algo por el estilo en este trasto. ¿Por qué no me dejas usarlo?

—Porque prefiero escapar con vida a luchar y morir... Pero si eso te entretiene, puedes usarlo.

Carlos se apresuró a dejar su asiento, el que fue de inmediato ocupado por Erika.

Aunque equipada para vuelos intergalácticos, la nave no era tan grande como la Eurospace, por lo que no le llevó más de treinta segundos dar con la entrada a la torreta del cañón, único armamento importante del navío.

Ascendió a la carrera la breve escalerilla y, cuando se disponía a tomar posición ante el panel de tiro, una tremenda explosión le hizo caer con violencia.

El golpe había sido fuerte, pero su voluntad de luchar le hizo levantarse de inmediato, aunque su cabeza parecía girar a velocidad aún mayor que la nave.

Sosteniéndose en cuanto apoyo se ofrecía a su vista, y con el temor de que el disparo hubiera afectado al navío, se sentó frente a los mandos. Felizmente, el curso de comandante aeroespacial incluía una buena formación artillera. Y el cañón gálico no se diferenciaba excesivamente de los terrestres.

Esto no era de extrañar, ya que casi todas las galaxias se proveían de armamentos en no más de cuatro fábricas interespaciales, todas con mayoría de capitales de Tierra.

El totalvisor mostraba claramente a sus tres enemigos, uno de los cuales se encontraba a sólo 240 kilómetros de distancia, según informó el oralcomputer.

A esa distancia era incomprensible que no les, hubieran dado... «¿O nos *han* dado?», se preguntó nervioso Carlos, mientras corregía las coordenadas de tiro, oprimiendo el botón correspondiente..

El disparo explotó once kilómetros a la izquierda y atrás del blanco, el cual justamente había elegido ese instante para variar velocidad y, ligeramente, rumbo.

Dos explosiones conmovieron la nave, antes de que el improvisado artillero concluyera sus correcciones y volviera a disparar.

Esta vez dio en el blanco.

—Felicitaciones, Carlos —comentó lacónicamente Monsolis, por el intercom general.

Ahora el enemigo más próximo estaba a setecientos doce kilómetros, una distancia que no podía garantizar la perfección del disparo, tratándose, como se trataba, de dos naves en movimiento.

Pero hizo las nuevas correcciones y comenzó a enviar sus cargas explosivas a los enemigos sobrevivientes.

Había hecho cinco disparos sin éxito cuando, sorprendentemente, la metálica voz del oralcomputador se hizo oír.

—Enemigo en retirada. Dentro de 175 segundos fuera de alcance.

Miró el televisor del que se había desentendido un instante antes para disparar y pudo ver con toda claridad la incomprensible retirada.

—Mejor así —dijo en voz alta, mientras se levantaba del asiento —. Ahora podremos hablar a casa.

Pero cuando llegó junto al comandante, éste le recibió con malas noticias.

—Uno de los disparos nos alcanzó. Las antenas exteriores han quedado totalmente destruidas...

—Y a esta distancia son imprescindibles para contactar con Tierra... ¡Vaya! No podremos informar sobre los malditos robots hasta nuestra llegada...

Monsolis le detuvo con un gesto.

—Hay más, Carlos. Por razones que no hemos podido descubrir, perdemos potencia rápidamente. —¿Podremos llegar...?

—No. La velocidad se ha reducido a un máximo de sesenta mil kilómetros por hora y en descenso. Tardaríamos demasiado en llegar a Tierra... aun si pudiéramos llegar.

—¿Entonces?

—Tendremos que descender en el planeta o lo que sea más próximo y ver de reparar el daño.

—¿Dónde descenderemos?

—He pedido información a Webster.

Unos minutos más tarde, llegó la información pedida.

—El lugar practicable más próximo es Dirda, un planetoide habitado a doscientos setenta y cuatro mil quinientos kilómetros del

punto donde nos hallamos, señor.

—Bien. Programe el naviserv para que nos lleve hasta él.

—Er… Sí, señor.

Monsolis conocía demasiado bien a Webster como para no valorar debidamente la casi inaudible vacilación.

—¿Ocurre algo? —inquirió.

—No sé si debo decirlo, señor, pero la información adicional…

—¿Qué pasa con la información adicional?

—La leeré, señor: Dirda, planetoide aún no integrado en Intergalaxia. Motivo: aridez, vida no fácil, extrema ferocidad y atraso de su población.

Hubo un breve silencio en el puesto de mando. Después, Monsolis dijo:

—He comprobado una vez más el panel, Webster, nuestra velocidad se ha reducido a treinta y nueve mil kilómetros. Los mandos comienzan a endurecerse. No tenemos elección. Descenderemos en Dirda.

CAPITULO VI

La primera impresión no fue tan mala. Poca vegetación, un aspecto semi desértico, pero también algunos árboles y cierto desvaído verdor, que hablaba de la existencia de agua. No se veía ningún ser viviente.

De todos modos, Monsolis ordenó a Webster que organizara un turno de guardia mientras durara la permanencia, que se esperaba breve.

Los hombres armados con pistolas nucleares halladas en la nave, la protegían constantemente, mientras otros cuatro, en dos parejas, recorrían los alrededores para alertar sobre posibles peligros.

Antes de comenzar a buscar el daño y repararlo, si era posible, el comandante pidió a Erika que comprobara las disponibilidades de víveres, agua y medicinas en la nave.

—Felizmente, los gálicos respetan las ordenanzas de Intergalaxia —informó la chica poco después.

Esto significaba alimentos, bebidas y medicinas esenciales durante treinta días terrestres, para una dotación de diez hombres.

—Por ese lado podemos estar tranquilos —concluyó Monsolis.

Entonces pidió a Carlos que, con la invalorable colaboración de Webster, experto en «casi» todo, presentará un rápido informe sobre los desperfectos y los modos y medios para repararlos.

Mientras los dos hombres iniciaban su investigación, Erika se alejó de la nave, andando lentamente, con las manos embutidas en los amplios bolsillos de su ajustado mono. Monsolis marchó tras ella.

—¿Piensas en la Tierra? —inquirió.

—Más bien en el Sol —respondió sonriente la chica.

—¿En el Sol?

—Sí, es curioso. Tan lejos de la Tierra y lo que extraño es el Sol…

Pero no era tan extraño. La luz en Dirda era opaca, como provista a desgano por un iluminador avaro de su energía.

«Nunca habrá azules como los del Mediterráneo en este agujero», pensó Erika.

Y el pensamiento, la entristeció, porque hizo nacer en su mente un irracional deseo de estar ya, en ese mismo instante, meciéndose en las suaves ondas del Mediterráneo, con Carlos, a su lado.

«¿Por qué he pensado en Carlos?», se sobresaltó. No había entre los dos más que la camaradería que reinaba entre todos…

Carlos no estaba pensando en ella en esos momentos. La avería se identificó muy rápidamente: un pequeño orificio, como de treinta centímetros de diámetro, y forma casi circular, en la parte inferior y posterior de la nave.

—Esto tiene fácil arreglo —decidió Webster.

Pero Carlos no era tan optimista.

—No fue esto lo que originó la pérdida de potencia —dijo—. Algo ocurrió en el interior y es lo que ahora tenemos que descubrir.

Penetraron en la nave, llegando hasta el punto interior que podía coincidir con la avería externa.

Tal como Carlos imaginara y temiera, se trataba del reactor nuclear, es decir, de la fuente de energía.

—Ahora le toca a usted, que es el técnico, encontrar la avería y darme la buena o mala noticia… —dijo a Webster.

—Esperemos que sea buena porque no me gustaría que mis huesos se pudrieran en este desierto —contestó el otro, oprimiendo los botones que abrían el acceso a las interioridades del reactor.

Carlos se retiró, para que el sargento no se viera presionado por su presencia y pudiera trabajar tranquilo.

Instalado en el pequeño comedor-salón de la nave, tuvo tiempo de fumar varios nerviosos cigarrillos, antes que Webster apareciera, secándose el sudor de su cara.

—Las noticias no son ni tan buenas ni tan malas… —dijo, aceptando un cigarrillo.

Carlos conocía muy bien la extremada cautela del otro, por lo que se permitió alegrarse.

—Eso quiere decir que las averías pueden repararse… —

aventuró.

—Sí, pero llevará tiempo.

—¿Cuánto?

—No menos de veinticuatro horas.

Carlos se sintió de golpe frustrado y vencido. Veinticuatro horas de ventaja, más las que estaban perdiendo, eran más que suficientes para que los robots de Lerka llevaran a cabo con éxito su maldita misión en Tierra...

Pero nada podía hacerse. Ni siquiera pedir una «rebaja» a Webster. Si él había estimado el tiempo de reparación en veinticuatro horas, era porque no podía hacerse en veintitrés y media.

—Iré a informar al comandante... —le asaltó una idea—: Y el sistema de comunicación intergaláctica, ¿no podrá funcionar antes?

Webster le dedicó un gesto como de reproche.

—Fue lo primero que pensé. Pero me temo que es imposible. Las antenas estarán reparadas en un par de horas, pero no se podrá disponer de energía en la nave hasta que no esté totalmente reparada la avería del reactor.

—Ponga manos a la obra, Webster, y disponga de toda la ayuda que necesite —se despidió Carlos.

El rostro de Monsolis se ensombreció al enterarse de las noticias.

—Podremos salir vivos de aquí, pero será tarde para ayudar a nuestros congéneres —resumió.

Enterada de la situación, Erika participó de la frustrante sensación de impotencia que sus compañeros estaban sufriendo.

Pero Carlos no era hombre de prolongadas depresiones.

—Ya que tendremos que disfrutar de este maravilloso panorama por todo un día, ¿por qué no organizamos una comida campestre?

—¿Y los temibles dirdanos? —rió Erika.

—Personalmente, creo que no existen. Si existen, no nos han visto... y si existen y nos han visto, nos tienen más miedo a nosotros del que nosotros podríamos llegar a tenerles a ellos.

—De acuerdo —accedió Erika—. Me apunto a tu comida campestre. ¿Y tú, Rene?

—Prefiero quedarme en la nave. Puede que las reparaciones se aceleren y que no lleguemos demasiado tarde a la Tierra, después de todo.

Las palabras del comandante hicieron sentirse frívolo a Carlos. El, aunque fuera para levantar el ánimo de sus compañeros, organizaba comidas campestres, mientras sus congéneres podían estar muriendo por millares...

—Creo que lo de mi excursión puede posponerse —dijo.

Pero Monsolis se echó a reír.

—¡Nada de eso! Me parece una idea magnífica. Ya vigilaré por aquí durante un par de horas y después me reuniré con ustedes. No se alejen mucho...

Mientras Erika se encargaba de las provisiones, Carlos se llegó hasta el reactor.

—Lo dicho, señor Torres —le informó el sudoroso Webster, a guien ayudaba uno de los tripulantes—, no menos de veintidós o veintitrés horas...

—Estoy seguro de que nadie, en toda la galaxia, podría hacerlo más rápido ni mejor que usted, Webster —se despidió Carlos.

* * *

Eligieron un lugar bajo un grupo de no muy frondosos árboles, a unos cuatrocientos metros de la nave, y desde el que podían verla.

Echados en el suelo, y mientras Erika aderezaba lo que podía ser equivalente gálico de los terrestres bocadillos, hablaron del paisaje que les rodeaba, del planeta en el que tan accidentalmente estaban y en los seres que, según el ordenador, vivían en él.

—Los imagino feos, además de feroces... —opinó Erika.

—¿Por qué las mujeres tienen siempre que pensar en la belleza? Los hombres...

—En Dirda no habrá sólo hombres, imagino que también tendrán mujeres...

—Tal vez no y por eso son tan feroces.

Los dos rieron. Se sentían bien juntos. Siempre había sido así, desde que se conocieron en Formación, dos años atrás.

Esta era la tercera misión en la que participaban juntos. Además, se veían irregularmente en la Base, cuando coincidían en ella.

Siete u ocho meses antes, se habían encontrado en Malta, durante unas vacaciones.

Tomaron varias copas, nadaron un par de veces y bailaron una noche.

Pero Carlos estaba acompañado por una sensualísima morena

que, además, era celosa.

Ahora, en esta fantástica irrealidad de Dirda, el muchacho se preguntaba si no…

—¡Mira esas rocas! —semi incorporada, Erika señalaba con entusiasmo un grupo de rocas que coronaban una elevación de terreno, a unos centenares de metros de donde se hallaban.

—¿Qué hay con ellas? —Carlos había despertado demasiado bruscamente de su sueño.

—¡Vamos a ver qué hay tras ellas!

El muchacho estuvo a punto de decir que tras ellas habría otra extensión tan desierta como la que les circundaba, pero el entusiasmo casi infantil de Erika y la conciencia de la necesidad de distracciones que ambos tenían, le hizo callar.

—¡Vamos! —accedió.

Cuando iniciaban la marcha, una de las dos parejas de tripulantes que vigilaban el entorno pasó cerca de ellos. Carlos les indicó por señas que irían a. las rocas. Los otros asintieron.

—Así Rene sabrá dónde encontrarnos —explicó a su compañera.

El lugar resultó mucho mejor de lo que Carlos imaginara. A un centenar de metros de altura sobre el nivel de la planicie, la masa rocosa formaba una meseta, en cuyo centro crecía un tierno césped y hasta algunas plantas con modestas flores de opacos colores.

En el interior del pequeño prado, se encontraron totalmente —casi totalmente— rodeados por la pared rocosa, hasta una altura de cinco o seis metros en algunos puntos.

La temperatura, aunque algo más fresca que en. la planicie, seguía siendo agradable. «Neutra», la había definido Carlos, cuando por primera vez pisó el suelo dirdano.

Echados sobre la hierba y con las espaldas apoyadas sobre la roca, a la mente del muchacho volvieron las imágenes de Malta y los recuerdos de Erika.

Una compañera de trabajo… Ahora le parecía estúpido y hasta increíble que la hubiera considerado así.

—Erika… creo que he estado perdiendo el tiempo.

Ella le miró sonriente.

No cometió la vulgaridad de preguntarle *en qué* había perdido el tiempo. Simplemente le miró sonriente y permaneció en silencio.

En expectante silencio.

Y Carlos no lo rompió.

Salvo que pueda considerarse que un beso es una forma de hablar...

* * *

Cuando emergieron a la superficie, tras la inmersión a lo más profundo de sí mismos, habían pasado casi dos horas.

Salieron del pétreo reducto de su amor — tan cálidamente pétreo— tomados de la mano y corriendo como dos chiquillos.

O como adultos que acaban de encontrar el amor.

—¿Por qué no habrá venido Rene a hacernos compañía? —preguntó Erika.

—¿Lo lamentas mucho? —se burló él.

Rieron.

Pero la risa no duró mucho en sus labios. Los dos se sintieron como aplastados ante el ominoso silencio que les rodeaba.

También antes había silencio, pero...

—No se ve a nadie junto a la nave —comentó Carlos, con un deje de inquietud.

Erika se apretó junto a él, como si la temperatura hubiera descendido veinte grados de golpe.

Estaban a unos quince metros del navío. Fue entonces cuando ella lo vio.

—¡Carlos! ¿Qué son esos...?

Él no se detuvo a escucharla. También había visto. Y se lanzó a una loca e inconsciente carrera.

Sin detenerse, pasó junto a los cadáveres de una de las parejas de guardias. Con una ojeada, por el color de sus caras, comprendió que habían muerto estrangulados.

Los cadáveres de otros tres tripulantes se mostraron a su vista antes de alcanzar la nave.

Superando el estallido inicial, Carlos avanzaba ahora lentamente y empuñando la pistola, que minutos antes descansara olvidada en uno de los bolsillos de su uniforme.

Tenía la sensación de que había seres vivos en el interior de la nave y, desde luego, tenía que tratarse de los asesinos, ya que de no ser así, no se ocultarían a él.

La ira le cegaba y el dedo en el gatillo se tensaba con un ansia de matar, pero estaba decidido a mantener los jirones de calma que

le fueran imprescindibles para vengar con eficiencia a sus compañeros muertos.

¿Ninguno habría sobrevivido a la hecatombe?

Rodeó la nave antes de entrar en ella.

Dos cadáveres más.

Sólo faltaban Monsolis y Webster.

Con la poca prudencia que su furor le permitía, penetró en la nave.

En la sala de mandos, el cadáver de Monsolis.

Carlos sintió que algo se anudaba demasiado fuertemente en su garganta.

Rene había sido para él mucho más que el mejor aeronauta de todas las galaxias.

Había sido su amigo.

Con visión emborronada, pudo intuir signos de desorden por todas partes.

Cajas de alimentos y medicinas desfondadas, cosas rotas y destrozadas, un visor totalmente destrozado.

De pronto, un ruido.

Algo que podía ser un suspiro, estertor o paso furtivo.

Carlos deseó que se tratara de un enemigo, de uno —al menos uno— de los malditos asesinos.

Apuntando a nada, avanzó cauteloso hacia las entrañas de la nave, cuyos caminos conocía bien.

Otra vez el ruido.

Esta vez en la dirección que él llevaba.

—¡Webster!

Caído junto a la entrada del reactor, el sargento yacía con la cabeza ensangrentada. Entrecortados gemidos era lo que Carlos había oído.

Acercó su oído al pecho. Los latidos eran espaciados, pero pudo escucharlos con claridad.

Salió a la carrera. Acababa de recordar a Erika sola y a merced de aquellos monstruos. Increíblemente, el horror y la furia le habían hecho olvidarse de ella.

«Si le han hecho algo...» se decía al disponerse a abandonar la nave.

No tuvo que hacerlo.

Erika, pistola en mano y un gesto de terror desfigurando su belleza, se acercaba a él caminando entre los cadáveres.

—¿Todos están…? —logró articular.

—Webster aún vive. Te guiaré a él.

Con las medicinas e instrumental que pudo rescatar del desorden, la chica comenzó a reconocer al yacente.

Carlos volvió junto a Monsolis.

Como ya había advertido en alguno de los otros cuerpos, el comandante tenía clavado en el pecho, a la altura del corazón, un largo y delgado cilindro de un material que podía ser madera.

«Algo así como una cerbatana y seguramente emponzoñada», decidió Carlos.

Miró con mayor atención a su amigo.

No había armas en sus manos ni tampoco en la cercanía de sus cuerpos. Pero esto nada significaba, ya que era lógico suponer que, de haberlas, los agresores se las habrían llevado.

La expresión de la cara del muerto no era de terrible lucha o de odio, sino de sorpresa.

«Fueron matándoles uno a uno, con sus armas silenciosas y su diabólica astucia. Rene y Webster, en el interior de la nave, habrán sido seguramente los últimos. Y yo como un idiota haciendo el amor…»

Rechazó la idea.

Mejor dicho, la cortó de raíz. La extirpó de una vez y para siempre de su mente, de su corazón y de sus entrañas.

No era su culpa. Nadie podía prever lo ocurrido.

De estar —o de haber sido descubiertos entre las rocas— también ellos estarían muertos en esos momentos. Y Erika puede que peor que muerta…

Sintió un escalofrío sacudirle y de golpe la realidad volvió a su mente.

«La Tierra puede estar siendo destruida en estos mismos instantes. Yo soy el jefe ahora y aún hay una misión que cumplir.»

Ese era su homenaje al amigo muerto.

Y sabía muy bien que era el mejor homenaje.

Comenzó a arrastrar el cadáver de Rene Monsolis hacia el exterior.

La nave debía partir en cuanto estuviera en condiciones.

CAPITULO VII

Veinticuatro horas más tarde, la nave estuvo en condiciones.

La herida de Webster había sido lo suficientemente aparatosa como para que le creyeran muerto, pero sin embargo no revestía gravedad, una vez que hubieron contenido la hemorragia.

—Estaba trabajando solo en el interior del reactor —explicó, en cuanto pudo hacerlo—. Mi ayudante había salido a buscar una pieza. Al ver que se demoraba, salí yo también a buscarlo. No bien traspasar la salida, una especie de monstruo que cargaba una pesada caja de instrumental médico apareció ante mis espantados ojos. Me arrojó la caja a la cabeza. Caí... Y no recuerdo más.

Tocó a Carlos la terrible tarea de informarle de la muerte de todos, excepto la de ellos mismos.

—¿El comandante también...?

—También.

El sargento no preguntó más. Con su vendaje y su dolor a cuestas, volvió al interior del reactor y a su trabajo.

Carlos y Erika se turnaron para montar una nerviosa e inútil guardia.

Los asesinos no regresaron.

También enterraron a los muertos.

Cuando Webster emergió del lugar donde había estado encerrado más de un día entero, para anunciar *que* la energía estaba restablecida y que la nave podía despegar, no bien él reparara el fuselaje, tarea que no le llevaría más de media hora, ya que las antenas se habían reparado antes del asalto, Carlos marchó casi a la carrera al panel de comunicaciones.

Tal vez fuera aún tiempo de conectar con una Tierra libre.

Abrió el contacto. Se encendieron normalmente las luces

correspondientes. Tal como había dicho Webster, la energía estaba restablecida.

Con voz temblorosa, comenzó a hablar ante el trans-ceptor, una vez conseguida la frecuencia terrestre.

—Aquí EU-7-341. Llamando Control Base.

«Control Base» era el nombre en código del Comando Aeroespacial Estratégico, con sede en Tolón, muy próximo a la misma base del Euroespace.

—Aquí EU-7-341. Llamando a Control Base. Contesten, por favor.

Era imposible quedar sin respuesta.

El servicio, obviamente, funcionaba las veinticuatro horas de todos los días del año, pero, además, un circuito de emergencia respondía automáticamente determinadas contraseñas, en el hipotético caso de que la base hubiera sido tomada por fuerzas enemigas.

Sin embargo, los repetidos y cada vez más nerviosos intentos de Carlos se estrellaban en el vacío espacial.

Ninguna respuesta.

La situación en tierra, ya no podía quedarle ninguna duda, debía de ser muy grave.

Quedaba un último recurso: conectar directamente con Terra.

Terra era un satélite artificial programado para proveer de energía suficiente a la Tierra como para asegurar las actividades mínimas, en caso de catástrofe planetaria.

Terra sí respondería.

Y respondió con la voz metálica y la repetición impertinente de las cintas grabadas.

Su mensaje era muy breve:

¡SOS, Galaxia! ¡SOS, Galaxia! ¡SOS, Galaxia!

Con mano que pesaba toneladas, Carlos desconectó el aparato.

Por fantástico, por imposible, hasta por *ridículo* que pudiera parecer, la Tierra estaba en manos de los robots de un payaso.

* * *

En el pequeño salón-comedor de la nave, con la portezuela cerrada herméticamente, los tres celebraron un breve y muy tenso consejo de guerra, tras informar Carlos de sus fallidos intentos para contactar con la base y lo que esto significaba.

—No puedo explicármelo —resumió—, pero la Tierra está paralizada y, debemos suponerlo, en poder de los robots de Lerka.

—¿Qué *debemos* hacer nosotros, Carlos? —inquinó Erika, no bien el otro acabó de hablar.

—No lo sé...

—¿Ir a la Tierra, señor?

—¿Qué podríamos hacer nosotros tres contra robots *indestructibles* que, por la forma que sea, se han apoderado del planeta.

—¿Entonces...? —era Erika. Había resquemor en su voz.

Carlos se permitió la sombra de una sonrisa.

—¿Temes que dé la espalda al enemigo? —preguntó.

El rubor que ascendió a la cara de la chica fue su respuesta.

—No temas, Erika. Tampoco usted. Webster —el aludido hizo un gesto de rechazo—. Pueden tener la seguridad de que sabré cumplir con mi deber.

—Ni Webster ni yo lo dudamos, Carlos. Pero si dices que es inútil ir a la Tierra...

Carlos pareció haber tomado una decisión definitiva.

Comenzó a hablar con voz firme, mientras encendía un cigarrillo.

—En estos breves minutos he «pesado y medido». Si siguiera mis impulsos primarios, mi primera acción sería destruir con nuestro cañón nuclear este infecto planeta y a los monstruos que lo habitan, pero... —hizo un gesto con la mano, como para ahuyentar a los fantasmas—. Pero la venganza, por muy legítima que sea, no forma parte en modo alguno de mi misión. Y debemos ahorrar munición...

Sus interlocutores le miraron sorprendidos.

—¿Es que vamos a pelear? —era Erika—. ¿No has dicho que no iremos a la Tierra?

—También he dicho que he «pesado y medido». Los robots son indestructibles. Sólo obedecen a Lerka, quien les programa desde su Centro de Control. Enfrentarnos con ellos sería inútil, nunca podríamos destruirlos. Pero sí podemos destruir... o, al menos, podemos *intentar* destruir el Centro de Control...

—¿Volver a Gal? —se sorprendió Webster.

—Sí, Webster. Volver a Gal para salvar la Tierra y morir... o para morir sin haber logrado salvarla.

La cara de Erika irradiaba entusiasmo.

—No sé si lo conseguiremos, Carlos —dijo—, ¡pero vale la pena intentarlo!

Webster, aunque también animado, fue más concreto.

—¿Cuándo desea partir, señor? —se limitó a decir.

* * *

Partieron de inmediato, sin ver ni la sombra de uno solo de los asesinos de Dirda. Ninguno de los tres olvidaría el horror de las horas pasadas en aquel planeta .

Seguramente llorarían más de una vez ante el recuerdo de los amigos muertos.

Pero no ahora. Porque ahora tenían una misión que cumplir.

El primer problema que se planteaba a Carlos, sentado en el lugar de Rene y teniendo a Webster como segundo, era encontrar un lugar idóneo para el descenso.

Obviamente, no podían descender en la estación aeroespacial de la capital, y una nave de aquellas características tampoco podía hacerlo en cualquier parte.

Mantener total silencio electromagnético para evitar la detección de los gálicos era más fácil de lograr.

Por supuesto que los sensibles detectores denunciarían la presencia de un objeto volante que se aproximaba al planeta. Pero Carlos había sido instruido para engañar si no a los detectores, sí a los totalcomputer que lo descifraban.

Los gálicos creerían que era un insignificante meteorito.

Pero el lugar del descenso...

Cuando Erika, sentada entre los visores, le informó que se encontraban a media hora —velocidad constante— de su destino, Carlos redujo la velocidad.

Treinta y cinco minutos más tarde estaban lo suficientemente próximos al planeta como para que el visor de máxima aproximación mostrara a Erika, en colores bien naturales, hasta los insectos que colaban en los sembrados.

Tras trece minutos de mínima velocidad, mínima altura y máxima observación por parte de la chica, ésta fijó una imagen y comunicó a Carlos que creía haber encontrado el lugar que necesitaba.

Mientras el visor de máxima aproximación seguía mostrando

campos y aglomeraciones urbanas, uno de sus secundarios retenía la imagen de un inmenso círculo —375 metros de diámetro, según el ordenador— absolutamente vacío de obstáculos y con un suelo liso de cemento o similar, y capaz de resistir el peso de la nave, según lo que también informara el ordenador.

Carlos, confiando totalmente en el buen juicio de Erika, se limitó a pedir coordenadas de descenso.

Cuatro minutos más tarde, la gran nave se aposentaba suavemente en la superficie del inmenso círculo gálico.

La guerra de tres contra un planeta estaba a punto de comenzar.

CAPITULO VIII

Un fusil, una pistola y abundante munición para ambos, se habían salvado del saqueo. Armados con ellos, bajaron los tres de la nave, dispuestos a todo.

Por más que hubieran logrado engañar a los aparatos de detección, los lugareños y las fuerzas de Lerka destacadas en la región tenían que haberles visto.

—Sería triste que dentro de un par de minutos uno de esos malditos robots acabara estúpidamente con nosotros... —comento Carlos.

Pero no se veían ni robots ni gálicos en la densa oscuridad de la noche. En realidad, no se veía nada a cinco metros de distancia.

Avanzaron con precaución por la lisa superficie del círculo que tan providencialmente había servido a sus fines, hasta llegar a su borde. Un par de metros más abajo, estaba el suelo. Saltaron a él sin dificultad.

Un par de gigantescas grúas y difusos montones, que pronto identificaron como formados por diversos materiales de construcción, les rodeaban.

—Aquí se está construyendo algo grande —murmuró Webster.

Carlos ya había adivinado de qué se trataba.

—Una central energética —dijo—. Nuclear o algo por el estilo... De ahí el gran círculo sobre el que descendimos.

A unos veinte metros al frente, Webster distinguió una luz. Se acercaron a ella, aumentando las precauciones. Carlos se adelantó a los otros.

—El centro de vigilancia de las obras —informó a su regreso—. He podido ver cinco guardias armados. No son robots.

Dentro de todo, era una buena noticia. Se alejaron de los

guardias dando un rodeo y, tras saltar una tapia baja y trepar por otra, salieron a campo abierto.

Se trataba de tierras de labrantío, similares a las que vieran en las cercanías de la capital.

Muy al fondo, como a tres centenares de metros de donde se encontraban, vieron varias luces.

—Sin vehículo y sin conocimiento del terreno, nada podremos hacer —dijo Carlos—. Tendremos que arriesgarnos —y señaló hacia las luces.

Se trataba de un grupo de viviendas rodeadas por graneros y silos. Todas las construcciones evidenciaban una alta tecnología y las viviendas se mostraban como amplias y presumiblemente confortables.

En dos de ellas había luz en las ventanas. A la más próxima se dirigió Carlos, haciendo señas a Erika y Webster para que le siguieran, pero manteniéndose protegidos.

Asomado a una ventana, el jefe del pequeño grupo pudo ver a una familia compuesta de padre, madre y cuatro hijos, sentados en funcionales reposettes y contemplando un programa de totalvisión.

Con un nuevo gesto ordenó a los otros que le esperaran y rodeó la casa.

Probó una puerta trasera. Como lo imaginara, dado el ambiente pacífico que se respiraba, Ja puerta no tenía cierres mecánicos o electrónicos. La empujó suavemente y entró en la casa.

Su irrupción violenta, el ominoso aspecto de su fusil nuclear y sus voces de amenaza, aterraron a la familia de campesinos gálicos.

Paralizados en sus asientos, le miraban como a la encarnación de los cuatro jinetes. —Nada tienen que temer, si me ayudan —se suavizó el visitante, agregando, porque hablaba en idioma intergaláctico—: ¿Entendéis lo que digo?

Uno de los hijos, un joven de unos dieciocho años, asintió con un movimiento de cabeza.

—Soy un terrestre —continuó Carlos—. Vengo con dos compañeros a luchar contra Lerka y sus robots…

Hizo una pausa, para apreciar el efecto de sus palabras.

El joven murmuró algo al oído de sus padres. Hubo intercambio de palabras y gestos de asentimiento. Después, habló el joven.

—Nosotros odiamos a Lerka y a sus robots, que matan a nuestra

gente y roban nuestras cosechas. Mi padre dice que nosotros y toda la colonia les ayudaremos.

Carlos exhaló un profundo suspiro de alivio.

—Mis compañeros esperan afuera —dijo—. Iré a buscarles.

* * *

—No. Ya no tenemos vehículos. Talo, el hombre de Lerka en nuestra comunidad, los ha requisado todos.

Erika, Webster y Carlos acababan de degustar una frugal pero sabrosa cena gálica, que sus anfitriones les habían obligado a aceptar. Mientras comían, el dueño de la casa informó de la situación a los vecinos y ahora eran una veintena de hombres y mujeres los que contemplaban a los terrestres con ojos de curiosidad y simpatía.

Pero la respuesta de Levo, el joven que hablaba intergaláctico, a la pregunta de Carlos sobre disponibilidades de transportes no había podido ser más desalentadora.

Carlos sacudió un par de veces la cabeza. Las cosas no se presentaban fáciles, pese a la buena disposición de esas gentes.

—¿Dónde tiene los giróscopos ese Talo? —preguntó finalmente.

—En el mismo cuartel donde vive y donde están sus soldados.

No, las cosas no se presentaban fáciles.

Pero había que seguir adelante. Y muy aprisa.

—¿De cuántos soldados dispone Talo?

—No lo sé exactamente —dudó Levo—. Puede que unos treinta o algo más...

—¿Hay robots?

—Normalmente, no. Vienen cuando temen problemas con la población.

—¿Habrá ahora alguno?

—Creo que no.

Al menos ésa era —de confirmarse— una buena noticia.

Carlos se puso de pie y sus compañeros le imitaron.

—¿Puedes guiarnos hasta el cuartel? —preguntó a Levo.

—¡Claro que sí! —se exaltó el joven—. ¡Y yo y todos nosotros deseamos ayudarles a luchar contra esos tiranos!

Carlos sonrió e hizo un gesto de agradecimiento que abarcó a todos los presentes.

—Muchas gracias, Levo. Muchas gracias a todos. Pero no será

necesario… Creo que nosotros tres podremos lograr nuestros objetivos. Y si fracasamos… no quiero que ustedes puedan ser castigados por nuestra culpa.

El cuartel se destacaba en lo alto de una pequeña meseta. Carlos se volvió a Levo, que le había guiado en el breve trayecto.

—Gracias, muchacho —le dijo, mientras le palmeaba el hombro —. No olvidaremos lo que tú y tu familia habéis hecho por nosotros. Ahora, vuelve a tu casa.

—¿No podría acompañarles…?

Carlos sonrió e hizo un gesto denegatorio con su mano.

—Gracias. Ya has hecho bastante. Adiós y buena suerte.

—Adiós… ¡Y que acaben con los tiranos!

Con grandes precauciones, porque dos guardias custodiaban la entrada, además de los previsibles controles electrónicos, los tres se acercaron al cuartel. Un parque lo rodeaba y los árboles les servían de protección.

—¿Cómo piensas apoderarte del giróscopo? —quiso saber Erika.

—El problema es otro —respondió Carlos, agregando—: El problema es cómo evitar que comuniquen la desaparición del vehículo a la capital… Si lo hacen, nuestras posibilidades de golpear por sorpresa se desvanecen.

—¿Y cómo podríamos evitarlo? —preguntó Webster.

—Asegurándonos de que *no pueden* comunicarlo.

No hubo comentarios. Sólo gestos de asentimiento.

En muy pocas palabras, Carlos explicó su plan.

—Tú, Erika, te quedarás afuera…

—No, yo…

—Perdona, pero harás lo que yo te mande. Te quedarás afuera, con el fusil. Webster y yo mataremos a los guardias y nos apoderaremos de sus armas. Irrumpiremos en el interior disparando. Tú, entonces, comenzaras a disparar incesantemente. Así daremos idea de un ataque en toda regla.

Al entregarle el fusil y las municiones, Carlos apretó brevemente la mano de Erika con la suya. Ella sonrió. Era lo más que podían tener como despedida.

Los dos disparos de la pistola nuclear con los que Carlos mató a los guardias tuvieron que despertar a todo el cuartel, pero eso no les importaba.

Se apoderaron de las armas y municiones de los muertos, una magnífica especie de metralletas de tiro muy rápido, y disparando con ellas a la oscuridad, irrumpieron en el interior.

De la caseta de guardia salieron tres soldados y un oficial a la carrera, blandiendo sus armas, y fueron barridos por el fuego cruzado de los dos atacantes.

Los secos estampidos y el explotar de las balas nucleares del fusil que manejaba Erika, daban la sensación de una poderosa fuerza atacante.

Sin dejar de disparar para aumentar la confusión, Carlos y Webster atravesaron a la carrera un patio desierto y penetraron por un corredor cubierto, a cuyos lados se veían puertas cerradas.

Por una de ellas salió un oficial, con una metralleta en la mano.

Murió antes de que pudiera ni siquiera llegar a ver a sus atacantes.

Siguieron el avance hasta el fondo de la galería. No encontraron más defensores.

Pero entonces sonaron disparos a sus espaldas, que venían del patio.

De un puntapié, Carlos abrió la puerta más próxima, y disparando hacia el interior, se metió en la estancia, seguido por Webster.

La habitación, una sala de reuniones, estaba vacía. Por el corredor, los disparos sonaban cada vez más próximos y se oían gritos de oficiales.

Haciendo un gesto al sargento para que le siguiera, Carlos abrió una ventana, miró al exterior y saltó.

La distancia al suelo era poco más de un metro. Sin ningún problema, los dos se encontraron nuevamente en el parque que circundaba el cuartel.

Riendo, como si se tratara de una broma, Carlos dijo a su compañero:

—Volveremos a entrar por la puerta. Así les cogeremos por la retaguardia.

No les esperaban ni les buscaban por ese lado. Pasaron junto a los cadáveres de los guardias y penetraron en el patio sin ser vistos.

Una decena de soldados estaban en él, dándoles las espaldas, y evidentemente, a la espera de órdenes.

—No me gusta matar por la espalda —susurró Carlos al asombrado Webster, mientras daba un fuerte grito que alertó a los soldados y les hizo volverse, prestos a luchar.

No pudieron hacerlo. Todos murieron sin haber alcanzado a disparar un tiro.

Ahora volvían los del corredor. Y éstos venían alertados.

Carlos y Webster se echaron al suelo, arrastrándose hasta alcanzar los cadáveres de los recién muertos, única protección que podían oponer al nutrido fuego de que estaban siendo objeto.

Pero, pese a la aplastante superioridad numérica —eran unos quince los que ahora les atacaban—, los gálicos se revelaban como pésimos soldados.

No se cubrían adecuadamente, se agolpaban unos junto a otros, y finalmente, disparaban al tun tun.

Seis, siete, ocho, cayeron por los certeros disparos de Carlos y Webster.

Una lluvia de balas caía próxima a ellos, pero ahora Carlos estaba seguro de la victoria.

Calculó que ahora sólo cuatro enemigos seguían con vida. Siguió disparando, con mayor cuidado aún de no desperdiciar munición.

Un par de minutos más tarde, cesó por completo el fuego enemigo.

—¡Adelante, Webster! —gritó, incorporándose—. ¡Acabemos con los que quedan!

Comenzó a correr, pero no había avanzado dos metros cuando algo en su mente le hizo volverse angustiado.

El silencio que su mente había acusado era, efectivamente, sinónimo de muerte.

Webster yacía en su puesto, con la cabeza destrozada por el estallido de una bala nuclear.

No podía pensarse en buscar en él restos de vida. Con una involuntaria contracción de sus músculos faciales, Carlos dio media vuelta y prosiguió su desesperado avance.

Para sus fines, esos eran los peores instantes. Suponía que Talo, o alguno de sus secuaces, intentaría una comunicación de emergencia con la capital.

Si eso ocurría antes de que él pudiera evitarlo, significaría el fin de todo.

Y la muerte de Webster y la de todos los otros hubiera sido inútil.

Ciego de ansiedad y furor, pateó todas las puertas que se pusieron a su alcance.

No encontró a nadie, pero, tras una de ellas, descubrió una escalera circular que descendía.

Bajó por ella sin cuidarse de posibles celadas.

Al terminar el descenso se encontró ante una' puerta blindada. Probó a abrirla, pero le fue imposible.

Sin cuidarse de ocultar su presencia, hizo lo que más rápidamente le permitiría atravesarla: disparar sobre ella sus balas nucleares.

Al tercer disparo, consiguió su objetivo.

Ante sus ojos apareció lo que buscaba. La central de comunicaciones.

Un operador hablaba al panel. Aunque no entendió las palabras, Carlos adivinó que estaba llamando, intentando establecer la comunicación. A su lado, un per-sonajón, que Carlos imaginó sería Talo, empuñaba una metralleta.

Tato disparó primero, pero fueron las balas de Carlos las que sí alcanzaron sus objetivos.

Después, el muchacho se dedicó a destrozar sistemática y científicamente todo el sistema de comunicaciones.

«Por si ha quedado alguno vivo», se dijo.

Instantes después, con su brazo rodeando el hombro de Erika y los dos contemplando el cadáver de Webster, dijo:

—La primera parte de la misión está cumplida. Ahora vamos en procura de un giróscopo a iniciar la segunda. Todos estamos cumpliendo con nuestro deber.

Y ésta fue la oración fúnebre del sargento Webster.

CAPITULO IX

Un giróscopo podía descender en cualquier parte. Carlos eligió una carretera secundaria, a no más de mil metros del palacio-fortaleza de Lerka.

A partir del momento en que los dos abandonaran el vehículo aéreo, sabían que el peligro sería su más fiel compañero.

En Tierra el criminal más buscado puede pasearse impunemente ante los ojos de la policía, porque es un ser humano al que sólo pequeños detalles diferencian de todos los otros seres humanos.

Pero aquí ellos eran diferentes. *Demasiado* diferentes.

Imposible confundirlos con los gálicos. Y tampoco con los robots de apariencia humana, ya que éstos vestían sus uniformes, totalmente distintos de los que llevaban Erika y Carlos.

Uniformes...

Estaban apenas a diez metros del suelo, cuando Carlos movió los mandos y el giróscopo volvió a elevarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó la chica.

—Se me ha ocurrido una idea —fue la respuesta—. Para llevarla a la práctica necesitamos ayuda. Quiero encontrar la casa en la que nos proveyeron los vehículos.

—No será difícil. Si tomas como referencia el palacio de Lerka, del cual habíamos salido... Además, es una casa mayor que la mayoría...

—Y tiene un gran parque, en el que podremos descender —completó Carlos.

No les llevó mucho individualizarla. Su ubicación con respecto al palacio, y especialmente, su tamaño y el parque que la rodeaba, fueron factores que facilitaron decisivamente la tarea de búsqueda.

Se posaron suavemente y con el menor ruido posible sobre el

césped. En el aire no había naves patrullando ni nada que hiciera pensar que el giroscop había sido detectado.

—¿No es extraño que no nos hayan descubierto? —se interesó Erika cuando se disponían a abandonar la nave.

—No, no lo es —respondió Carlos—. No tienen conocimiento de lo ocurrido a Talo y a sus hombres. Nada tienen que temer en Gal. Por otra parte, imagino que la marcha de los acontecimientos en la Tierra acaparará toda la atención de Lerka.

En la casa se iluminó una ventana. Alguien había oído el ruido del giroscop, aunque Carlos había realizado el descenso por compensación gravitatoria, es decir, sin utilizar los reactores.

La figura de un hombre escudriñando en la oscuridad del parque se recortó contra la ventana iluminada, pronto descubrió a las dos figuras que se acercaban al edificio. Gritó algo en gálico, que los otros no entendieron.

—¡Somos los humanos a quienes ustedes proveyeron de vehículos! —explicó Carlos, en intergaláctico.

—¡Bajaré a abrirles! —contestó el otro, en el mismo idioma.

Los humanos se alegraron de saber que no se habían tomado represalias por lo de los vehículos.

—Dijimos que ustedes los robaron sin que lo advirtiéramos —explicó el dueño de casa, agregando—: Además, el maldito Lerka se permitió conceder una amnistía por su éxito en la Tierra.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de los dos humanos, pese al agradable ambiente que reinaba en el salón donde su anfitrión les había invitado a pasar.

—¿Qué es lo que ha ocurrido y está ocurriendo en la Tierra? —preguntó con voz nerviosa Carlos.

—¿Cómo puede ser cierto que ese payaso loco de Lerka y un puñado de robots se haya apoderado de nuestro planeta? —se exaltó Erika.

—La explicación es simple —el dueño de la casa hablaba con voz tranquila—. Uno de los mayores genios científicos de nuestra galaxia, el sabio Veler, descubrió una fuerza magnetoinductiva superior millones de veces a todas las conocidas. Mediante su aplicación, lo mismo se puede dejar sin energía a un planeta que atraer adonde se quiera el objeto más voluminoso y energéticamente fuerte…

—El haz que succionó nuestra nave... —dijo Erika, dirigiéndose a Carlos, el cual asintió con un movimiento de cabeza.

—El plan de Lerka —siguió el gálico—, que él se ha encargado de explicárnoslo personalmente por la total-visión, era muy sencillo. Sólo necesitaba una nave terrestre auténtica para poder llegar hasta las proximidades de la Tierra sin ser interceptado...

—Y nosotros se la proporcionamos... —comentó con amargo tono Carlos.

—Hubiera sido cualquier otra de no ser la de ustedes. Montaron en la nave el magnetoinductor, un aparato no demasiado grande, y cuando estuvieron lo suficientemente cerca, paralizaron la energía terrestre...

—Eso explica que ni los sistemas de emergencia funcionaran cuando intenté comunicarme —acotó Carlos.

—En fin —concluyó el anfitrión—, los robots completaron la obra. Un planeta desprovisto de energía y, por ende, aterrorizado, fue presa fácil de un puñado de seres mecánicos que, por si fuera poco, son indestructibles para las armas que los terrestres poseen. Así, en igual forma, se apoderó Lerka de Tertum y de toda nuestra pequeña galaxia.

Intervino Erika.

—Pero, ¿cómo pudo hacerse Lerka con el invento de ese sabio...?

—Veler.

—Sí, Veler. Y, por otra parte, ¿quién es Lerka?

—Comenzaré contestando la segunda pregunta —sonrió el gálico—. Lerka era un excelente militar gálico que llegó a ser jefe de las fuerzas combinadas de Tertum. Pero un accidente de giróscopo lesionó su cerebro, provocándole una paranoia megalomaníaca que le ha llevado a hacer todo lo que está haciendo. Lamentablemente, nadie se dio cuenta de ello hasta que fue demasiado tarde...

—Y como jefe de las fuerzas militares —acotó Carlos—, supongo que tendría fácil acceso al rayo de Veler...

—En efecto. Comenzó por apoderarse, apoyado por sus tropas que confiaban en él, del gobierno de Tertum. Después, planeta por planeta, sojuzgó a toda la galaxia.

—¿Por qué, entre tantos planetas, eligió a la Tierra para

conquistarla? —quiso saber Erika.

Ahora el dueño de la casa sonrió ampliamente.

—Señorita —contestó—, porque su planeta tiene fama de poseer a los hombres más inteligentes y a las mujeres más hermosas de toda Intergalaxia.

Erika dedicó a su interlocutor una indecisa sonrisa, sin saber si el otro hablaba en serio o en broma.

—Y ahora, díganme qué necesitan de mí —pidió el gálico, sin abandonar su sonrisa.

* * *

Felizmente para el éxito del plan de Carlos, los almacenes del Ejército no estaban dentro del palacio-fortaleza.

El gálico les condujo a ellos y, como antes el joven granjero, se ofreció a acompañarles en la aventura.

Carlos volvió a declinar el ofrecimiento.

—De acuerdo —se despidió el otro—. Pero recuerden que espero con impaciencia su señal.

El pueblo de la capital, había dicho, estaba decidido a morir, si era necesario, para no seguir soportando la sangrienta tiranía de Lerka. A él habían recurrido muchos pidiéndole que se pusiera a la cabeza de la sublevación.

No había aceptado e incluso había desanimado a los otros, ante la seguridad de que los robots acabarían con ellos. Ahora, con Carlos y Erika dispuestos a todo, consideraba llegado el momento. Además, la acción popular distraería fuerzas a Lerka y ayudaría a los humanos.

Carlos aceptó complacido la inesperada ayuda, Convinieron en que los gálicos iniciarían la acción al escucharse el primer disparo proveniente del palacio.

Pero antes, Erika y Carlos tenían que vestirse con los uniformes de los robots, un medio idóneo para intentar penetrar en palacio sin ser prematuramente descubiertos.

Los dos ocultaban sendas pistolas en los bolsillos de los uniformes. Así llegaron junto al gran edificio de los almacenes militares.

Aún era de noche, aunque poco faltaba para que amaneciera. De todos modos, la oscuridad seguía protegiéndoles.

Las ventanas estaban a un metro del suelo y no presentaban

obstáculos mecánicos de difícil superación, pero Carlos las desechó, por temor a los detectores electrónicos.

La puerta principal estaba guardada por un único centinela, lo que hizo pensar a los humanos que la guarnición que custodiaba el edificio debía de ser muy pequeña.

Todo sería muy fácil matando al centinela y entrando a tiro limpio, pero Carlos quería apoderarse de los uniformes y huir sin que les descubrieran. Esto lo consideraba imprescindible para el éxito de toda la operación.

Se decidió por las ventanas.

Eligieron una en la parte posterior. Por precaución, el muchacho destrozó el cristalito con la culata de su pistola, manteniendo a Erika oculta y lista para escapar.

Pero ninguna alarma electrónica ni fotoeléctrica se disparó. Cierto que podía sonar en el centro de guardia solamente, pero ése era un riesgo que tenían que correr.

Dado el descuido con que el almacén era custodiado, Carlos se inclinaba a creer que no había ningún tipo de alarma.

Terminó de romper el cristalito y los dos penetraron en el interior.

Recorrieron varias inmensas naves atiborradas de material militar, hasta que dieron con lo que necesitaban.

Rápidamente buscaron los uniformes que mejor se avinieran a sus cuerpos y se los pusieron, ocultando los propios entre los ajenos.

La fugaz visión del cuerpo semidesnudo de Erika logró hacer olvidar por un instante a Carlos el peligro que les acechaba por todas partes.

Tal vez por eso no vio al soldado que acababa de descubrirles y que desapareció en silencio para alertar a sus superiores.

Desandaron el camino en busca de la ventana por la que habían entrado.

Pero no pudieron llegar hasta ella.

Cuando llegaban a la última nave, una voz gritó algo en gálico y sonó una descarga.

Instintivamente, los dos se echaron al suelo y desenfundaron sus pistolas.

Una pila de algo que podía ser el equivalente de los humanos calzoncillos, les sirvió para protegerse.

Las balas seguían buscándoles. Carlos necesitaba saber dónde estaban los enemigos y su número. Intentó sacar la cabeza para mirar, pero sólo consiguió que les descubrieran el escondite.

Bajo una lluvia de balas, los calzoncillos comenzaron a volar por el aire. Carlos señaló a Erika una próxima montaña de mantas.

Pudieron llegar hasta el nuevo refugio.

Mejor situado, Carlos pudo comenzar a disparar. Al menos uno de los soldados fue víctima de sus balas.

Ahora también Erika estaba haciendo funcionar su pistola. Seguramente asustados por el contraataque, los gálicos disparaban más espaciadamente.

Carlos calculó que no serían más de cinco o seis.

Volvió a arriesgar una observación directa y vio a dos soldados avanzando hacia ellos. Los mató a los dos.

Un ruido o sus exacerbados sentidos alertó a Erika, que se volvió sobre sí misma sin dejar de disparar.

Eso le salvó la vida. Un soldado que se había escurrido por la retaguardia cayó moribundo cerca de ella.

Los disparos habían cesado. Carlos, semi incorporado, alcanzó a ver a dos soldados que huían en dirección contraria a la ventana que ellos intentaron alcanzar.

No podían quedarse a esperar que volvieran con refuerzos.

—¡Vámonos! —urgió a Erika. . Esta vez les fue fácil llegar hasta la ventana. No encontraron enemigos en su camino.

Pronto se encontraron en la calle. Todo estaba solitario y en calma.

Iniciaron la marcha hacia el palacio desde donde Lerka dominaba la Tierra.

* * *

Desde que Erika y Carlos fueron descubiertos por el soldado cuando se ponían los uniformes de los robots, la Central de Comunicaciones de palacio fue alertada sobre la presencia de dos intrusos en el almacén del ejército.

En la Central pensaron que se trataba de simples ladrones y no le dieron importancia al asunto.

Pero muy pronto desde el almacén comunicaron que Jos intrusos repelían con pistolas nucleares el ataque de los soldados y entonces sí le dieron importancia.

Especialmente, cuando los informantes comunicaron que se trataba de seres humanos.

Aker en persona ordenó a los del almacén que redujeran a los intrusos y les llevaran ante él con vida, para poder interrogarlos.

Cuando supo que habían logrado huir, se enfureció y ordenó la inmediata ejecución de los responsables. Después marchó a comunicar la novedad a Lerka.

Las órdenes de éste fueron muy concisas:

—¡Que se programe a los robots para que los descubran! ¡Y que los traigan a mi presencia!

CAPITULO X

Erika y Carlos llegaron sin tropiezos a las proximidades del palacio-fortaleza. Ya había amanecido, pero las calles aún estaban vacías de gente.

Los humanos ansiaban penetrar en el reducto de Lerka sin ser vistos, seguros de que, una vez se iniciara la sublevación popular, la confusión les permitiría cumplir sus objetivos de apoderarse del Centro de Control, programar la destrucción de los robots y así liberar la Tierra, ya que el rayo paralizador también se manejaba desde el Centro, según les dijera su gálico anfitrión e informante.

Durante largos minutos observaron las entradas principales del palacio. La guardia estaba compuesta exclusivamente por robots. Imposible pensar en atacarla.

Una sensación de impotencia se iba apoderando de los dos, cuando Carlos encontró la forma de entrar, al menos de entrar, en el reducto de Lerka.

Numerosos vehículos militares entraban y salían del palacio, sin ser controlados por los guardias-robots.

—Tendremos que apoderarnos de un vehículo militar —decidió.

Erika asintió con entusiasmo.

Los dos, cada uno para sí mismo, estaban seguros de que su presencia había sido comunicada á Lerka y a sus secuaces, pero preferían no mencionar tan tremenda circunstancia.

Tenían una misión que cumplir e iban a seguir adelante mientras estuvieran vivos.

Pasaron veinte interminables minutos más, sin vehículos y sin posibilidades de acción.

Pero entonces la suerte pareció sonreírles.

Una especie de pequeño transporte militar, que marchaba hacia

palacio, se detuvo a menos de un centenar de metros más lejos del lugar donde ellos se ocultaban.

Se acercaron con sumo cuidado, pese a la presunta protección de los uniformes.

Era un soldado gálico quien conducía el vehículo. Su acompañante, un oficial, descendió de él y penetró en un edificio próximo.

Erika y Carlos siguieron avanzando y rebasaron el transporte. Pronto pudieron comprobar que, tal como deseaban, la caja cubierta posterior estaba vacía.

Sin vacilaciones, subieron a ella de un salto, sin ser advertidos por el conductor.

Haciendo que Erika se ocultara bajo un largo asiento, él avanzó hasta el cristalito que separaba la caja de la cabina del conductor, lo destrozó de un culatazo y apoyó la pistola en la nuca del paralizado soldado.

—Pon en marcha el vehículo y entra en palacio —le ordenó, en intergaláctico.

El otro contestó en gálico.

La respuesta de Carlos fue aumentar la presión del cañón en la nuca y hacer un nervioso gesto de avance con su mano libre.

El muchacho interpretó correctamente el gesto y puso en marcha el transporte.

Carlos le señaló la entrada del palacio, qué se encontraba al frente de ellos.

Con la cabeza, el soldado hizo la intergaláctica señal de asentimiento.

Un par de minutos más tarde, y sin incidentes, los dos ponían pie en el patio interior del palacio.

Y entonces se produjo la catástrofe.

Cuatro robots, de los que formaban parte del retén de guardia, corrieron hacia ellos.

Instintivamente, los dos retrocedieron hacia el interior del palacio a todo correr, pero era una carrera desesperada.

Los robots les doblaban en velocidad.

Carlos comenzó a disparar contra ellos.

Sabía que las balas nada les harían, pero también sabía que los patriotas gálicos iniciarían la sublevación al oírlas.

La escalinata ascendente y dos corredores laterales ante ellos.

—¡A la derecha! —gritó a Erika, sin volverse a mirarla.

Comenzó a correr en la dirección indicada y le sorprendió no seguir oyendo a sus perseguidores.

Volvió la cabeza.

Los robots habían apresado a Erika.

Vaciló, deteniéndose, pero sólo un segundo. Después continuó su carrera hacia el fondo de la galería.

En ese segundo, había tenido que tomar la decisión más tremenda de su vida. Elegir entre intentar salvar a la mujer que amaba o abandonarla a la muerte o a lo que pudiera ser peor que ella.

Eligió abandonarla, al menos de momento.

Y, aunque costara admitirlo, era la solución más sensata.

No podía luchar contra los robots, sólo conseguiría caer él también en sus manos. Y la Tierra hubiera perdido su última —y debilísima— posibilidad de salvación.

Siguió corriendo, sin enemigos al frente. Pero a su espalda volvieron a resonar los pasos de los robots.

No necesitó volverse para saber que eran dos. Imaginó que los otros se habrían hecho cargo de la pobre Erika.

Pero dos o uno eran suficientes para reducirle. No podía enfrentarse a ellos, tenía que lograr despistarles.

De las varias puertas que se ofrecían a sus ojos, eligió la más próxima. Ninguna alarma se disparó al atravesarla. Echó la llave tras él, sabiendo que tal obstáculo no retrasaría ni en un par de segundos la persecución de los robots.

Un corredor estrecho y una pequeña escalera descendente.

Sin motivo especial, eligió la escalera.

Despistar a los robots... Pero era evidente que habían sido programados para descubrirles. Como lo temiera, los del almacén habían alertado al palacio. Les estaban esperando...

—¡Maldito Lerka! —vociferó en voz alta.

Un dormitorio, seguramente de los soldados gálicos, afortunadamente vacío.

Y los pasos veloces de los robots descendiendo la escalera...

¿Cómo habrían programado a los robots para descubrirles? ¿Por los uniformes? ¿Por el *olor*...?

Pero no podía ir a Lerka y preguntárselo.

Otro dormitorio. Y uniformes de soldados gálicos sobre algunos camastros.

Se apoderó de uno, sin dejar de correr.

A través de una abierta puerta metálica, vio una larga fila de lavabos y excusados. Se metió en ellos, asegurando la puerta lo mejor posible.

Se jugaba la vida —y la de Erika...— a una sola posibilidad, pero no tenía tiempo de buscar otra mejor.

A manotazos se despojó del uniforme que tan inútil resultara y se enfundó el otro. Los robots pateaban la puerta, que resistía. Cuando se decidieran a disparar sobre ella, la resistencia habría terminado.

En el extremo del pasillo entre lavabos y excusados opuesto a la puerta, había un tragaluz. Pero estaba a casi tres metros de altura y nada había a la vista de Carlos sobre lo que pudiera subirse.

Casualmente, mientras buscaba desesperadamente la forma de llegar hasta el ventanuco, los ojos del humano se posaron sobre los recipientes colocados junto a los lavabos, llenos de un verdoso jabón líquido.

Sin pensarlo dos veces, porque un disparo sonó contra la puerta, volteó uno de los recipientes y se embadurnó cara, manos y hasta el pecho con su oloroso contenido.

Un segundo disparo. La puerta había cedido.

Si la artimaña no daba resultado...

Pistola en mano irrumpieron los dos robots en el recinto. Carlos siguió embadurnándose con la cara casi metida en el lavabo.

Los robots la emprendieron a puntapiés contra las puertas de los excusados. Sistemáticamente revisaron uno por uno todos ellos.

De ida y de vuelta, pasaron junto a Carlos, pero ni siquiera parecieron haber advertido su presencia.

Junto a la puerta, los dos se detuvieron, como desconcertados. Después abandonaron el lugar, dispuestos a seguir su búsqueda.

Intentando controlar su galopante respiración, Carlos advirtió —un poco tarde— que había olvidado abrir los grifos...

Pensó que ese solo detalle habría alertado al más tonto de los sabuesos humanos. De lo que dedujo que el más tonto de los humanos era más inteligente que el más listo de los robots.

A los cuales, acababa de descubrir, los programaban en base al olor de los humanos.

De haberlo imaginado antes, cuántos problemas se habrían evitado. Y Erika no hubiera caído en sus manos…

La visión de la chica en poder de los robots, y lo que seguramente era mucho peor, de Lerka, le devolvió la desesperación y la urgencia.

Rápidamente se quitó el exceso de jabón de cara y manos, y arreglándose el uniforme, salió de los servicios.

Un par de soldados galácticos se cruzaron con él, mirándole curiosos, aunque sin intentar detenerle.

Carlos apresuró el paso, decidido a alejarse de allí, ya que de un momento a otro descubrirían el uniforme que había dejado en uno de los excusados, y al que los robots no concedieron la menor atención.

Desembocó en un patio interior, por el que varios soldados paseaban despreocupadamente, aunque con todo el armamento reglamentario.

Imaginó que se trataría de personal en descanso de guardia, por lo que dedujo que el puesto no se encontraría muy lejos.

Y en ese instante se maldijo a sí mismo por el tremendo fallo que había cometido: la pistola, su única arma, había quedado en el excusado, junto al uniforme abandonado.

Demasiado arriesgado volver por ella. Tendría que procurarse un arma en otra parte.

Un soldado de los que paseaban abandonó a sus compañeros y se dirigió hacia una de las salidas laterales del patio. Carlos lo siguió.

El soldado avanzó por un estrecho pasillo, al fondo del cual se veía luz. El pasillo estaba desierto, a excepción de ellos dos.

El humano no perdió tiempo. Con el canto de su mano golpeó salvajemente en la nuca del otro, que cayó sin exhalar ni un gemido.

Rápidamente, Carlos se apoderó de correajes y armamento —una metralleta—, más la correspondiente munición.

«Ahora, ¡al Centro de Control!», se dijo a sí mismo.

Pero, ¿dónde estaba el Centro de Control?

Fugazmente recordó lo que conociera del edificio durante el

encierro. En la parte alta estaba la zona reservada a Lerka y a los poderosos. Por allí no había trazas de actividad de ese tipo.

Vino a su memoria el Centro de Control que destruyera en la comunidad agrícola. Estaba en los sótanos del edificio. Dedujo que sería una regla general, por razones muy lógicas de seguridad.

Aun cuando así fuera, no iba a ser fácil encontrar el camino. Y no podía perder más tiempo.

Permaneció en el desierto pasillo, que adivinaba paso obligado entre el puesto de guardia y el patio de descanso.

Pensaba en Erika y en los gálicos que ya estarían luchando en las calles, cuando apareció la presa que tan impacientemente aguardaba.

Un soldado se acercaba desde el presunto puesto de guardia. La luz en el pasillo era lo suficientemente escasa como para que el recién llegado viera antes la metralleta que le apuntaba, que el cuerpo de su compañero en el suelo.

—¡Llévame hasta el Centro de Control! —exigió Carlos en intergaláctico.

El otro le miró, entre aterrado y atónito.

Carlos aumentó la presión del arma sobre las costillas y repitió la orden.

Extendiendo la mano, el soldado señaló hacia el patio. El otro apartó la metralleta y se hizo a un lado.

—¡Guíame! —dijo, poniéndose tras él.

Calculó que en el patio habría cuatro o cinco soldados. Estaría pronto para entrar en acción, ya que era casi imposible que le vieran apuntar con su arma al soldado.

Y no se equivocó. Tres guardias jugaban a algo, sentados en el suelo, pero otros dos seguían paseando.

Fue uno de ellos el primero en dar un grito de alarma. Su compañero echó mano al arma de inmediato.

Pero Carlos ya tenía su mano en el gatillo, y con una breve ráfaga, acabó con Jos dos.

Los jugadores alzaron sus manos desnudas de armas, en intergaláctica señal de rendición.

Como, si no le atacaban, los gálicos no eran sus enemigos, Carlos volvió el cañón de su arma a la espalda de su obligado guía, no sin dejar, por supuesto, de vigilar a los otros tres.

El guía salió del patio por una arcada que enfrentaba al pasillo donde había topado con Carlos.

Penetraron en una amplia galería. Tres robots avanzaban hacia ellos, pero Carlos no se inmutó.

Tras el episodio de los lavabos, había llegado a la conclusión de que los robots podían eventualmente llegar a dominar la Tierra, pero no eran más que estúpidos muñecos.

Corroborando su tesis, los robots pasaron junto a ellos sin mirarles. No estaban programados para detener a un soldado gálico que aplastaba el cañón de una metralleta contra otro soldado gálico...

Descendieron por una larga y empinada escalera de cemento. El humano pensó que había acertado en sus presunciones: el Centro de Control estaba en los sótanos del edificio.

Excepto que el guía le estuviera engañando...

Prefirió desechar esa posibilidad, contra la que no tenía solución.

Pronto pudo comprobar que no le había engañado. Ante ellos, y tras una antecámara iluminada, una puerta cerrada y blindada mostraba una placa de acriliol con las palabras «Centro de Control-Prohibida la entrada», en intergaláctico y en otro idioma que Carlos supuso sería gálico.

Todo estaba muy bien, excepto por el hecho de que la puerta estaba guardada por dos robots.

No había tenido tiempo de prever graves inconvenientes como éste y no tenía ahora tiempo para encontrar —ni siquiera para buscar— soluciones mágicas.

Ante la «mirada» indiferente de los robots, interrogó a su guía:

—¿Cómo se puede conseguir que esos muñecos nos dejen entrar?

—Diciendo la contraseña del día.

—¿Cuál es la contraseña de hoy?

—Lo ignoro. Sólo los oficiales ¡a conocen.

La esperanza murió abruptamente.

Ordenó al soldado que intentara la entrada. El otro le obedeció, sólo para ser firmemente rechazado por los robots.

Carlos se revolvía de ira e impotencia. Era enloquecedor haber llegado hasta la misma puerta de su objetivo y no poder penetrar en

él por culpa de dos miserables gusanos electrónicos.

Gusanos electrónicos... sin cerebro... sin posibilidad de pensar...

Lentamente, y obligando al soldado a acompañarle, Carlos se acercó a ellos.

—¿En qué idioma se programa a los robots? —preguntó a su guía.

—El intergaláctico —fue la respuesta.

Carlos habló a los muñecos en ese idioma.

—¡Lerka os ordena que vayáis a su presencia!

No hubo reacción. Pero la atenta mirada del humano detectó una especie de «tensión» en los dos robots al escuchar la palabra «Lerka».

Jugó la carta que se le acababa de ocurrir.

—El humano está escondido en lo alto de la escalera. Lerka os ordena capturarle —dijo, hablando muy lentamente.

Volvió la «tensión», esta vez más perceptible y prolongada. Pero, tras ella, los robots permanecieron sin moverse.

Carlos de inmediato comprendió la triste verdad: habían contrastado la orden con el ordenador del Centro de Control y éste la había declarado falsa.

El humano, tal vez por primera vez desde que descubriera, los cuerpos sin vida de sus compañeros, se sintió desesperado.

No podría salvar la Tierra, ni salvar a Erika... ¡Todo habría acabado por dos malditos montones de chatarra!

Algo como un silbido comenzó a oírse. El sonido iba en continuo ascenso, desconcertado buscó con los ojos y los oídos su origen.

No tardó en descubrirlo: la puerta del Centro de Control se estaba abriendo...

Muy lentamente, obedeciendo a algún mecanismo electrónico, la puerta del inexpugnable reducto se estaba abriendo.

Por ella salió un hombre que, sobre el uniforme, vestía una bata verde y no parecía estar armado.

Sin reparar en Carlos y el soldado, se inclinó sobre uno de los robots y comenzó a manipular en su pecho.

El humano apenas pudo contener una carcajada: ¡la falsa orden que él diera había sido desobedecida, pero los operadores venían a buscar su causa pensando en algún desperfecto técnico!

Tomó impulso desde muy cerca y atravesó la abierta puerta. Los

dos robots se lanzaron contra él para impedirlo, pero sólo consiguieron chocar el uno contra el otro. El pobre operador quedó en el medio...

Por precaución, Carlos cerró la puerta tras él. No le fue difícil lograrlo, junto a ella había dos botones con las indicaciones «Cerrar», «Abrir».

En el recinto, de unos ocho metros cuadrados, se encontraban cinco hombres tecleando y manipulando ordenadores. Carlos tuvo que lanzar un grito de advertencia para que repararan en él.

—¡Quiero que anuléis las órdenes sobre paralización de la energía en la Tierra y que pongáis en marcha el mecanismo de destrucción de los robots! —estaba seguro de que tendría que existir algún mecanismo por el estilo. Los tipos como Lerka piensan en esas cosas. Llegan a temer que hasta sus robots se les subleven.

Uno de los técnicos intentó oprimir un botón. La descarga de Carlos le mató antes de que pudiera lograrlo.

Descubrió el panel conectado con Tierra. Sin descuidar la vigilancia, con el rabillo de un solo ojo, miró la gran pantalla central.

Con emoción reconoció los edificios públicos de la ciudad de Washington. Todo se veía paralizado. Sólo algunos hombres, con aspecto aterrado, parecían arrastrarse por las desiertas calles.

—Contaré hasta tres —dijo, y empezó—: Uno... Dos...

—¡Yo no voy a perder mi vida por ese maníaco loco de Lerka! —explotó uno de los operadores, y comenzó a oprimir botones, sin que sus compañeros hicieran nada por impedirlo.

Pasaron veinte o treinta segundos, que a Carlos se le hicieron horas. De pronto, como el carrete de un filme de totalvisión que se pone en movimiento, toda la ciudad de Washington pareció revivir. Se iluminaron las calles y los edificios, comenzaron a circular vehículos y los antes aterrados ciudadanos se echaron unos en brazos de los otros.

Haciendo un gesto de saludo y despedida a los operadores, Carlos abandonó a la carrera el Centro de Control, pasando entre los «cadáveres» de los dos hasta poco antes *indestructibles* robots. Su antiguo guía le miró con ojos desorbitados. También hubo un saludo para él.

No le necesitaba para encontrar a Erika. Si estaba viva —«¡Dios,

que lo esté!»— Lerka la tendría con él.

Cuando llegó al patio central, tuvo una alegría inesperada: destruidos los robots, el pueblo gálico irrumpía triunfante en el interior del palacio, aceptando la rendición de los soldados.

De tres en tres peldaños ascendió la gran escalinata. De un puntapié abrió la cerrada puerta del despacho de Lerka.

Lo que vio tras ella era lo mejor que podía esperar ver, dadas las circunstancias.

De pie ante su escritorio, Lerka apuntaba con una metralleta a la sien de Erika, sentada junto a él.

Incongruentemente, Carlos sintió deseos de reír. Erika estaba viva, y a lo que podía verse, sin daño.

—Al menos tendré el placer de mataros a los dos —le saludó el tirano.

—Escuche, Lerka —comenzó el muchacho con voz muy suave, porque el gatillo de la metralleta podía dispararse—, nada ganará con matarnos...

—¡Primero a ti, bastardo entrometido! —el cañón buscó a Carlos y éste supo que el otro iba a matarle.

Desesperado, alzó la vista...

—¡Largue el arma! —gritó de pronto—. ¡O le matarán por la espalda!

—¿Crees que voy a caer en tan estúpida trampa? —vociferó Lerka, mientras apretaba el gatillo y Carlos se tiraba al suelo.

Los disparos del tirano no dieron a Carlos, pero los del joven gálico, que tiró a través del cristalito de una ventana, sí encontraron su blanco.

Lerka murió sin poder ver el abrazo de Erika y Carlos.

* * *

—No es una frase tópica decir que les estaremos eternamente agradecidos...

Alet, el amable gálico que tanto les había ayudado con vehículos y rebeliones, despedía a la pareja de humanos junto a la confortable nave que de Tertum había llegado para llevarles a la Tierra.

—Tampoco es tópico decir que nosotros nunca le olvidaremos a usted y a su planeta...

—Pero en sus recuerdos también estarán presentes los compañeros muertos —Alet posó una mano sobre el hombro de

Carlos—. No creo que les sirva de consuelo, pero el nuevo gobierno gálico ha dispuesto el envío de una expedición militar a Dirda. Pacificaremos a esos asesinos o...

Erika y Carlos dieron un último abrazo a Alet, ahora uno de los integrantes del nuevo gobierno.

La nave era realmente espléndida y estaba provista de todos los elementos del confort galáctico más avanzado.

Por supuesto, la tripulación era numerosa, eficiente y muy amable.

Tras una suculenta cena regada con vinos terrestres, como supremo detalle de gentileza galáctica una sonriente azafata se presentó ante ellos.

—¿Los señores desean bailar o prefieren un espectáculo de la totalvisión terrestre?

Los dos sonrieron al intuir que sus pensamientos confluían.

Carlos habló por los dos.

—Usted no puede imaginar todas las cosas que hemos hecho en las últimas cuarenta y ocho horas. Creo que los dos preferimos descansar —dijo con una sonrisa.

Un par de horas más tarde, sin deshacer el abrazo, Carlos se las ingenió para colocarse un cigarrillo en la boca y encenderlo con una sola mano.

Erika, a quien él creía dormida, habló con voz queda:

—Vuelves a pensar en nuestros compañeros muertos, ¿verdad?

Él se volvió hacia ella.

—Sí, pensaba en ellos. Pero también pienso que esas muertes fueron necesarias para que la Tierra pudiera ser liberada. Y que ellos, donde estén, serán felices por saber que sus muertes no fueron inútiles.

—Mañana llegaremos a la Tierra —siguió Erika—. Y quisiera saber si tú...

Carlos dejó el cigarrillo sobre el cenicero.

—Lo que haré mañana y todos los días contigo en la Tierra, puedo seguir demostrándotelo hoy en el cielo —dijo.

Y el cigarrillo se consumió íntegramente en el cenicero, sin que su propietario volviera a acordarse de él.

Aunque Erika y Carlos no pensaban en ello, en esos instantes en la Tierra comenzaba a amanecer.

FIN